



UNIVERSIDAD DE CHILE
Instituto de la
Comunicación e Imagen
ICEI

**ORIGEN Y PRIMEROS AÑOS DE LA CUARTA,
EL DIARIO POPULAR: PURO CORAZÓN**

JULIO ALFREDO DÍAZ BÓRQUEZ

MEMORIA PARA OPTAR AL TÍTULO DE PERIODISTA

Categoría: Reportaje de investigación

Profesor guía: Eduardo Santa Cruz A.

Santiago de Chile

Diciembre de 2018

Este trabajo está dedicado especialmente a mi madre Sonia y a mi padre Manuel, a quienes se los debía desde hace *muuuchos* años por todos los esfuerzos que hicieron para que pudiera viajar desde Punta Arenas a Santiago, *chumanguito*, a estudiar y *ganarme los porotos*. También a mis ex compañeros de *La Cuarta*, donde trabajé como un *esclavo de galera egipcia* por más de dos décadas, pero fui muy feliz, y a todos quienes me apoyaron, cuidaron, alentaron y *catetearon* para sacar adelante esta tarea.

ÍNDICE

Introducción:	4
I PARTE: LA APUESTA POPULAR	
Capítulo 1: Un nuevo medio.	6
Capítulo 2: Mano de “Gato”.	11
Capítulo 3: Cambio en el equipo.	16
Capítulo 4: La línea editorial.	20
Capítulo 5: Las primeras secciones.	26
Capítulo 6: La sala de redacción.	32
II PARTE: UN EQUIPO DE ARMAS TOMAR	
Capítulo 7: Con alma de detective.	37
Capítulo 8: Un jefe quitado de bulla.	44
Capítulo 9: El “director técnico”.	49
Capítulo 10: Una “Chica” todoterreno.	54
Capítulo 11: El joven sencillo de Ñuñoa.	60
Capítulo 12: Las peripecias del “Fino”.	65
Capítulo 13: La primera reportera gráfica.	69

III PARTE: CASOS EMBLEMÁTICOS

Capítulo 14: El “iluminado” de Villa Alemana. 76

Capítulo 15: La “Mujer Metralleta”. 79

IV PARTE: LOS VALORES AGREGADOS

Capítulo 16: Escrito en “chileno”. 83

Capítulo 17: El arte de titular. 89

Anexo: Títulos 1984-1990. 91

Conclusiones: 99

Bibliografía: 100

Entrevistas: 101

INTRODUCCIÓN

El presente reportaje de investigación busca dejar un registro de las circunstancias que rodearon la creación de *La Cuarta* -el 13 de noviembre de 1984-, diario que nació como una apuesta editorial del Consorcio Periodístico de Chile (*Copesa*) para hacer frente a la crisis económica y de circulación que por esa época golpeaba a la industria de los medios, en un escenario de alto desempleo, restricciones a la libertad de expresión y crecientes protestas contra la dictadura militar.

En las siguientes páginas se entregan antecedentes sobre la manera en que se conformó el equipo del naciente diario popular, sus anónimos profesionales -varios de ellos “sobrevivientes” de la vieja escuela de *Clarín*, medio que fue clausurado tras el golpe de Estado de 1973-, su oferta de contenidos, sus secciones más emblemáticas, su trabajo en la redacción durante los años ‘80 -época en que no existían celulares ni computadores ni internet para realizar las tareas periodísticas- y su particular estilo informativo, con un lenguaje coloquial y afectivo hacia sus lectores.

Para el logro de estos objetivos se entrevistó a periodistas y reporteros gráficos que fueron protagonistas de la fundación de *La Cuarta*, quienes relataron su experiencia y la importancia de trabajar en un medio de comunicación tan disruptivo para la época. También se acudió a testigos referenciales, observadores y archivos de prensa de la época, bibliografía y estudios académicos sobre el lenguaje utilizado por este medio.

La Primera Parte del reportaje da cuenta de las circunstancias en qué nació *La Cuarta*, quiénes estuvieron al frente del proyecto, la línea editorial, las primeras secciones y la dinámica de la sala de redacción. La Segunda Parte se centra en los perfiles de siete profesionales que integraron el equipo fundador del diario, con sus vivencias y anécdotas, y la Tercera Parte, en dos temas representativos del reporte de aquellos años. La Cuarta Parte analiza los “valores agregados” de *La Cuarta*: su lenguaje y los títulos, pilares de la misión de informar y entretener que se propuso este medio.

I PARTE: LA APUESTA POPULAR

CAPÍTULO 1: UN NUEVO MEDIO

Diozel Pérez Vergara (1932-2012), el histórico director de *La Cuarta* durante un cuarto de siglo -desde su fundación, el 13 de noviembre de 1984, en dictadura, con Estado de Sitio y toque de queda, hasta que se retiró a los *cuarteles de invierno* con su máquina de escribir *Underwood* bajo el brazo, los primeros meses de 2009-, siempre decía que el diario popular, como fue bautizado este medio, era “igual que las parrilladas de Franklin: Puro corazón”.

La analogía con este populoso barrio de Santiago -que albergó al Matadero Público entre 1847 y la década de 1970- y sus carnes, no era gratuita. Diozel se refería a que su equipo era pequeño y no abundaban las estrellas. A sus ojos era “un puñado de ágiles de la prensa” con más entusiasmo que pergaminos. Y antaño, las parrilladas del sector obrero de Franklin también eran modestas y vistas de esa forma, *piñuflas*; tenían más corazón, chunchules, pana y otros interiores que cortes premium.

La gran mayoría de los profesionales que conformaron *La Cuarta* en sus primeros años provenían de *La Tercera de la Hora*, nave madre del Consorcio Periodístico de Chile (*Copesa*), empresa que fue fundada en 1950 y que era propiedad de Germán Picó Cañas y su familia. Se encontraban en la categoría de mano de obra ociosa. Eran prescindibles, candidatos al *sobre azul*, la grasa que había que cortar, las menudencias que había que sacar. Entre ellos había un puñado de veteranos de la vieja escuela de *Clarín*, diario dirigido a la clase trabajadora que circuló entre 1954 y 1973 con el eslogan “firme junto al pueblo”, frase que años más tarde sería copiada por el semanario *The Clinic*, fundado en 1998.

El diario popular se convirtió de esa forma en una suerte de tabla de salvación. Si flotaba, todos seguirían con trabajo; y si se hundía, “adiós pampa mía”, decía Diozel. Por eso los instó a todos a “poner el corazón en la pega” en esos primeros tiempos, “ya que acá no hay ningún Mario Vargas Llosa para salvarse solo”. Ésa fue siempre su arenga y la repitió por largos años en cuanto aniversario encabezó. Había que *sacarse la cresta* para que el proyecto funcionara.

Pero Diozel -*el dire, el hombre, el gran jefe, Dios, el zorro plateado, el Señor Zañartutito*, como le decían sus subalternos- también llegó a la dirección de *La Cuarta* por cosas del destino,

por el azar. Fue apartado de *La Tercera* para ser el subdirector del nuevo diario, la “fragata hilacha”, como le decía, y secundar a quien estaba llamado a ser el capitán de la nave, Alberto “Gato” Gamboa. Pero los acontecimientos de ese tiempo le tenían preparada una sorpresa...

La Cuarta fue una apuesta que *Copesa* hizo en 1984. En plena dictadura militar y tras la crisis económica de 1982, que llevó la cesantía hasta un 23,7 por ciento y redujo el Producto Interno Bruto (PIB) del país en 14,3 por ciento, el consorcio comenzó a vivir tiempos de incertidumbre, por las deudas contraídas con la banca y por la baja en sus niveles de circulación. En ese contexto, sus dueños comenzaron a darle vueltas a la posibilidad de sacar un nuevo medio de comunicación, para llegar a otras audiencias y sortear la época de *vacas flacas*.

Ese 1984 fue un año de crecientes manifestaciones contra el régimen militar, del “Puntarenazo” -la primera protesta en la cara de Pinochet, en la Plaza Muñoz Gamero de la capital magallánica-, de estados de excepción, de la muerte del sacerdote André Jarlan en la población La Victoria y de un grito que se escuchaba en forma cada vez más persistente en las calles y las reuniones masivas: *y va a caer*. También era época de ollas comunes y del tristemente célebre Programa de Ocupación para Jefes de Hogar (POJH), que ese año llegó a tener a más de 200 mil desempleados *dándose cabezazos* en las plazas de Santiago, con carretillas, palas y mangueras, para dar vuelta la tierra y regar los árboles.

Ese año se fundó la Villa Las Estrellas en la Isla Rey Jorge y nació el primer ciudadano chileno en territorio antártico. También se crearon las comunas capitalinas de Peñalolén, Macul, Lo Prado y Cerro Navia, y se firmó en el Vaticano el Tratado de Paz y Amistad entre Argentina y Chile por el conflicto del canal Beagle.

En el cine se estrenaban películas como “Los Cazafantasmas”, “Terminator”, “Indiana Jones”, “Karate Kid”, “Locademia de Policía”, “La Chica de Rojo” y “Footloose”, y en la televisión local ocupaban la pantalla programas como “Almorzando en el 13”, “El Festival de la Una”, “El Mundo del Profesor Rossa”, “Chilenazo”, “Magnetoscopio Musical”, “Show de Goles”, “Informe Especial”, “Éxito”, “Martes 13”, “Vamos a Ver” y “Sábados Gigantes”, además de las telenovelas “La Torre 10”, “La Represa” y “Los Títeres”.

El rock latino sonaba con fuerza. Los principales exponentes eran Soda Stereo y Los Prisioneros, que ese 1984 publicaron “La Voz de los 80”, un himno de lucha de muchos jóvenes de la época. La orquesta Pachuco y La Cubanacán también impuso ese año un tema que *la rompió*: “El Africano”, de autoría del colombiano Calixto Ochoa. En su estribillo decía “mami, qué será lo que quiere el negro” y en conciertos y fiestas las audiencias respondían “que se vaya Pinochet”.

También estaban de moda el cubo Rubik, los zapatos Pluma, los pantalones amasados, los flippers y los videogames, y en las principales tiendas se empezaban a vender los primeros hornos microondas. El actor Rock Hudson moría de Sida

La tecnología que existía para el trabajo periodístico era, vista desde hoy, arcaica: máquinas de escribir mecánicas, grabadoras con cassette, cámaras fotográficas análogas, teletipos o télex para recibir las noticias de las agencias informativas y cintas de VHS. Los reporteros tomaban apuntes y, a falta de *Google* y *Wikipedia*, buscaban la información que requerían en centros de documentación con carpetas llenas de recortes amarillentos y polvo.

Como *La Tercera* estaba muy bien posicionada en el segmento de clase media, se analizaron dos escenarios para la creación de un nuevo diario, según recuerda Iván Cienfuegos Uribe, director de este periódico entre 1980 y 1985: Uno era sacar un medio que compitiera con *El Mercurio* por los lectores de la clase más acomodada y otro era crear un diario dirigido a los sectores bajos que habían quedado “huérfanos” luego de la clausura de *Clarín* tras el golpe militar de 1973.

“Yo viví esa época y lo que voy a contar es la verdad absoluta, ya no tengo que pedirle permiso a nadie. En ese tiempo había una pelea encarnizada entre *La Tercera* y *Las Últimas Noticias* a nivel editorial y de productos. Nosotros sacamos un concurso basado en los partidos de la Polla Gol y ellos, El Sobre Mágico. Nos íbamos combo y combo. Además, el precio de los diarios no se podía subir debido a la crisis económica. Llegó un momento en que esta pelea se hizo insostenible. Entonces yo, el burro por delante, y Fernando Díaz, director de *Las Últimas Noticias*, nos pusimos de acuerdo para terminar con esta pelea. La industria de los diarios estaba muy tambaleante y tanto la empresa *El Mercurio* como nosotros debimos comenzar a ver las

alternativas económicas que teníamos. Ambos estábamos endeudados hasta el cogote y el régimen militar nos apretaba con la libertad de expresión”, cuenta Cienfuegos.

Según el entonces director de *La Tercera*, “nosotros llegamos a la conclusión de que teníamos que despedir a una veintena de periodistas de una plantilla de 150. La gente ya veía venir la situación y estaba desesperada. En los pasillos era evidente el nerviosismo. En una conversación con don Germán Picó Cañas se analizó la posibilidad de crear una nueva fuente de trabajo. Se le dijo que la competencia nos disparaba con tres cañones, *El Mercurio*, *Las Últimas Noticias* y *La Segunda*, y nosotros sólo teníamos uno. Se le sugirió sacar un nuevo diario para ocupar a los periodistas que, de lo contrario, íbamos a tener que echar. Empezamos a analizar este asunto e incluso tuvimos reuniones con el ministro de Economía de la época, Modesto Collados”.

Jaime Chamorro, ex periodista de *El Siglo* y por entonces editor de Crónica de *La Tercera*, dice que él veía con expectación la creación un nuevo diario, ya que de lo contrario iba a haber muchos despidos: “Era la tabla de salvación que necesitábamos, además que la prensa estaba muy desocupada y pidiendo a gritos la impresión de otro medio”.

Fue en medio de estos ires y venires que Germancito Picó Domínguez, hijo del dueño de *Copesa*, se la jugó por la idea de crear un diario popular con el nombre de *La Cuarta*, marca que la empresa ya tenía registrada, al igual que *La Quinta* y *La Sexta*, para evitar que otras empresas la ocuparan y así blindar a la nave madre de eventuales confusiones editoriales. La idea la había conversado con su padre, con el equipo de *La Tercera* y con Jorge Lazarte Lait, un publicista argentino *más chileno que los porotos* -según todos los que lo conocían-, además de colocolino, quien era asesor de la gerencia general de la empresa y había estado a cargo de Circulación y Avisos en *Clarín*. Hubo consenso en que ésa iba a ser la jugada.

Con esa determinación ya tomada, Iván Cienfuegos se reunió en el Centro Vasco Eusko Etxea de avenida Vicuña Mackenna, a pocas cuadras del diario -que se ubicaba en la misma arteria, esquina de Ñuble-, con el ministro del Interior de ese tiempo, Sergio Onofre Jarpa, y su secretario de prensa, Raúl “Maraco” González Alfaro, para plantearles la idea: “Les dije que queríamos sacar un medio, que era algo bastante conveniente para la imagen del gobierno, que

era una marca que teníamos registrada, que aquí y que allá. En esa reunión se llegó finalmente al acuerdo de que *La Cuarta* salía a los kioscos”. Ya corría la mitad de 1984.

Conseguido el visto bueno de las autoridades, había que *cortar el queque* rápido. “Elegimos a los periodistas, reporteros gráficos y demás profesionales que se iban a ir a *La Cuarta*. Varios de ellos ya habían trabajado en *Clarín* y eso podía servir. La idea era no echar gente de la empresa. También se decidió que la persona indicada para cranear el diario era Alberto Gamboa. Yo llamé por teléfono al ‘Gato’, le conté que estábamos en esta cuestión y me dijo que *muy bien, perfecto*, y rápidamente se puso a trabajar la idea”.

Los seleccionados para trasladarse *con camas y petacas* desde *La Tercera* hasta un galpón con forma de hangar donde actualmente se encuentra la estación del Metro Ñuble, y comenzar a trabajar en el diario popular, eran encabezados por los ex *Clarín* Diozel Pérez Vergara, Jorge Salas, Carlos Jimeno, Claudio Espinosa, Guillermo Zurita Borja y Luis Fuenzalida. A ellos se sumaban los periodistas Daniel Galleguillos Tobar, Julio Carrasco García, Mario González, Hernán González Valdebenito, María Elena Correa, Pedro Rojas Arredondo, Sonia Sepúlveda, Juan Luis Bonell, Alexis Vásquez, Osvaldo Muray y Gerald Smith Hesse.

También estaban en esa lista los reporteros gráficos Juan Barra Peña, Iván Rojas Ocaranza, Solange Stade Diturbide y Daniel Moreno, que duró unos pocos meses y volvió a *La Tercera*; la encargada de Cartelera Pilar Valenzuela; los diagramadores Juan Zamorano y Julio Reyes; el ilustrador Eduardo de la Barra y el junior Víctor Ulloa.

Según Jaime Chamorro, después que se eligió a quienes integrarían *La Cuarta* muchos respiraron aliviados, ya que había bastante resistencia a ser parte de este equipo: “Como algunos venían de una etapa muy buena en *La Tercera* y se sentían más rangosos, miraban a huevo a este nuevo medio que se iba a crear y después hablaban de *Las Termas de La Cuarta*, como dando a entender que pasaban echados. Pero finalmente el diario popular nos salvó la pega a todos”.

CAPÍTULO 2: MANO DE “GATO”

Mientras a los elegidos para fundar *La Cuarta* -llamados con burla por sus colegas de *La Tercera* como “los del patíbulo”- se les comunicaba esta noticia, Alberto “Gato” Gamboa, que ese mismo año había publicado en la revista *Hoy*, en cuatro capítulos, el libro “Viaje por el Infierno”, donde relataba su experiencia como preso político en el campo de concentración de Chacabuco tras el 11 de septiembre de 1973, se ponía manos a la obra, a puertas cerradas y con solo un par de colaboradores.



Antes de llegar a *La Cuarta*, Alberto Gamboa (Premio Nacional de Periodismo 2017) tuvo “más aventuras que Condorito”, como él mismo decía. Egresado de Historia y Geografía en el Instituto Pedagógico de la Universidad de Chile y con estudios de Derecho en esta misma casa de estudios, en forma paralela se inició en las comunicaciones, su gran pasión. Era un periodista que se hizo en el oficio. Comenzó como reportero en la revista *Estadio* en los años ‘40. Después continuó su carrera en la revista *Ercilla* y los diarios *La Gaceta* y *Última Hora*. En este último

fue jefe de Informaciones. En 1958 llega a *Clarín*, donde tuvo el cargo de director por más de una década (1961-1973).

“Tengo bonitos recuerdos de esa época, porque trabajaba gente que tenía amor por la profesión, que le gustaba ir a las poblaciones para reportear y mirar a las minas, que le gustaba estar donde las papas queman y que además era ingeniosa. Éramos de juntarnos tupido y parejo, de hacer tertulias y copuchar. Lo pasábamos bien, éramos buenos comadreros. Otra época. Con los años el trabajo se fue poniendo más ingrato y el amor por la profesión se fue a las pailas. Ahora los cabros no están ni ahí con nada y los viejos hablan puras cabezas de pescado. Muchos se ponen huevones y buenos pa'l pencazo, por suerte yo no”, dice el “Gato”.

Su filosofía de vida siempre fue la misma en todos sus trabajos: Vivir con humor y ponerle buena cara al mal tiempo: “Uno puede pasar períodos difíciles, pero con una actitud positiva y chistoseando es más fácil sobreponerse. A mí me duró hartito el elástico como periodista, porque siempre disfruté mucho lo que hacía, me entretenía. Ahora soy un gato de chalet y me he puesto más flojo que la cresta”.

Cuenta que una de las cosas que más disfrutaba en *Clarín*, además de hacer títulos ingeniosos, era responder las cartas que llegaban al consultorio sentimental de Jean de Fremisse, su alter ego. Estas secciones de consejería amorosa ya existían en la prensa chilena desde 1929 -las primeras fueron en *Las Últimas Noticias* y *La Estrella* de Valparaíso-, pero eran en extremo conservadoras, *cartuchonas*, de mucho sermón. Gamboa, por el contrario, era puntudo en sus orientaciones y no tenía reparos en alentar las *canitas al aire*, los romances de *buey viejo con pasto tierno* y los amores por conveniencia, todo con un lenguaje directo, “a calzón quitado”, como dice él.

Luego del golpe, el “Gato” fue detenido, torturado y relegado. Primero estuvo en el Estadio Nacional y luego lo trasladaron al campo de prisioneros de Chacabuco, en la ex oficina salitrera del mismo nombre, a 110 kilómetros de Antofagasta, en medio del desierto de Atacama. Recuperó su libertad en 1976, tras lo cual trabajó como obrero en las excavaciones del Metro de Santiago y se dedicó a vender libros, hasta que llegó el año en que escribió “Viaje por el Infierno” y lo llamaron de *Copesa* para fundar el diario popular.

Gamboa tenía bien claro desde un inicio lo que deseaba hacer con *La Cuarta*. Quería que fuera un medio cercano al pueblo y sus problemas, copuchento, con un tono liviano, divertido e ingenioso, y sobre todo escrito “en buen chileno”, como *Clarín*, pero con ideas nuevas y la salvedad de que, por la época que se vivía y por los requerimientos de sus propietarios, no tendría nada de política partidista, al menos no en forma evidente. “No nos podíamos poner puntudos, ni pisar callos ni meternos en las patas de los caballos. Me la cantaron clarito. Y yo no podía hacerme el choro, porque en esa época trataban como las huevas a los directores, ni un respeto”, rememora.

Efectivamente, *La Cuarta* fue concebida como un producto periodístico de una empresa, alejada de los compromisos ideológicos que sí tenían otros medios antes de 1973 y de la lucha contra la dictadura que en los 80 asumían diarios como *Fortín Mapocho* (1984-1991) y *La Época* (1987-1998) y revistas como *Apsi* (1976-1995), *Hoy* (1977-1998) y *Análisis* (1977-1993), que dejaron de existir en los primeros años de la vuelta a la democracia.

La esposa de Gamboa, María Estela Urzúa, recuerda la época: “Don Germán Picó Cañas conversó sobre el proyecto de sacar un diario popular con Jorge Lazarte y él le dijo que el ‘Gato’ era la persona indicada para dirigirlo, porque lo conocía de *Clarín*, eran amigos y sabía de su capacidad e ingenio. El ‘Gato’ no tenía ni una relación con don Germán. Jorge hizo de nexo para que se entrevistaran y le dieran el visto bueno”.

“Te vamos a entregar un grupo de gente y ahí vez tú quién te sirve”, le dijeron al “Gato” en *Copesa*. Entre ellos había varios a los que conocía bien de *Clarín* y los describía como periodistas con buen olfato, mucho oficio, experiencia y entrega, aunque a veces un poco desordenados. A otros “no los había visto ni en pelea de curados”, cuenta Gamboa con su característica sonrisa felina, eran “una pandilla salvaje”.

Las reuniones de trabajo para tirar las líneas de lo que sería *La Cuarta* eran generalmente entre el “Gato”, Lazarte, el diagramador Juan Zamorano y el dibujante Eduardo de la Barra, quien ilustró algunas de las primeras secciones y aportó con dos tiras cómicas: *Palomita*, que era una suerte de remasterización de la *Lolita* de *Clarín*, y *La Cuarta Diversión*.

Los encuentros se realizaban por las tardes en el departamento que Lazarte tenía en Pocuro con Hernando de Aguirre, en Providencia. Ahí hacían maquetas, pensaban secciones y se reían de sus ocurrencias. “Junto a mi amigote Jorge, que era un huevón muy ingenioso, nos pusimos a trabajar como chinos, cabeza gacha. O nos resultaba el diario o quedábamos todos cesantes y pa’ la casa. Eso fue lo que nos dio más mística para ponerle pino”, dice el “Gato”.

Su esposa lo pasaba a dejar alrededor de las siete de la tarde y lo pasaba a buscar antes de las diez de la noche, porque si no eran capaces de pasar de largo hasta el otro día: “A veces no se les podía ni molestar, porque estaban cambiando páginas o haciendo anotaciones en un papelógrafo que tenían, así que me quedaba ahí a conversar con *La Pichuca*, la esposa de Jorge, hasta que se desocuparan”.

“Fueron pocos meses los que tuvieron para trabajar, pero bien intensos. Entremedio el ‘Gato’ se tuvo que operar de una hernia inguinal. Lo llevamos a la fuerza a la Clínica Alemana porque le cargaban los doctores. Allá iba Lazarte y seguían trabajando, porque tenían las fechas encima. La relación entre ellos era muy cercana y afectuosa, pese a que ambos pensaban muy distinto. Jorge tenía una hija casada con Sergio Lillo, del grupo musical Los Cuatro Cuartos, y otra casada con un abogado súper pinochetista. *Yo soy momio, pero amigo del ‘Gato’ Gamboa*, decía Jorge. Cuando sus hijas se iban a veranear, él se quedaba cuidando las casas ricachonas y nos invitaba para que fuéramos a disfrutar de la piscina. Nos atendía regio, con comida, postre y café. Después se ponía pijama y se iba a acostar. Con el ‘Gato’ construyeron una amistad a partir de la admiración mutua”, recuerda María Estela Urzúa.

El trabajo finalmente dio sus frutos y la maqueta del diario popular quedó lista. Iban a ser 20 a 24 páginas, con un énfasis especial en las noticias policiales, de deportes y del poco espectáculo que había en la época -la gran trilogía de la mayoría de los medios populares-, además de reporteo en las poblaciones y notas a personajes del mundo popular. Como el “Gato” y sus colaboradores tenían la convicción de que quienes compraban diarios eran los hombres, el gancho para ellos iban a ser las mujeres que aparecían en televisión y las vedettes de los clubes nocturnos, las *mariposas de la noche*. Esa fue la esencia de *La Cuarta* de los primeros años y hasta más allá de los 80.

“Le presentamos la maqueta a don Germán, él hizo una que otra corrección y quedamos tiquitaca para saltar a la cancha”, recuerda Gamboa. Se definió que la fecha para salir a los kioscos sería el 12 de noviembre y para eso se hizo un número cero, cuya portada sirvió para crear una pieza publicitaria impresa y un spot de televisión, donde él participó activamente.

El título principal de esa portada cero rezaba “¡Lo pillaron chanchito!” y aparecía un sujeto con *sus buenos kilos* arriba de una pandereta. Era el “Guatón Enrique”, sorprendido por dos policías cuando supuestamente iba a cometer un atraco en una vivienda de Providencia. “¡Al tiro en la noticia! El diario popular, ágil, veraz, ingenioso, independiente y humorístico que Ud. quería”, remataba la publicidad.

“El ‘Gato’ ideó esta publicidad. Se contrató a una agencia para que buscara a los protagonistas del spot y él les dio el visto bueno. Ahí demostró todo su ingenio. Yo a él lo conocí cuando ambos reporteábamos policía y nos sacábamos la mugre. Una vez fui a su casa y vivía en una población con piso de tierra. Nos hicimos muy amigos. Después no lo vi en mucho tiempo, hasta que estuvo en la dirección del *Clarín*, donde hizo un trabajo espectacular”, dice Iván Cienfuegos.

El *mantecoso* y peligroso forajido de la publicidad, que se lanzó el 7 de noviembre de 1984, era en realidad Enrique Silva Núñez, un *chacotero* joyero que contó su experiencia en la edición especial del 18° aniversario de *La Cuarta*. Ahí recuerda que estaba trabajando en un taller del barrio Bellavista cuando pasó un productor y le propuso hacer una prueba de cámara. Él dijo *bueno ya*: “Le puse tanto color a la prueba, que a la gente del diario le gustó y esa misma tarde me fueron a buscar”. El camino a la fama no fue fácil: Con sus 180 kilos y “por culpa de los policías que no sabían actuar”, estuvo toda una tarde subiendo y bajando de la muralla. Quedó *entero adolorido*. A los pocos días se vio en la televisión, los diarios y los paneles del Metro. “Fue una locura. Como los comerciales los daban a cada rato, todos me reconocían en la calle”, dijo recordando su momento de gloria.

CAPÍTULO 3: CAMBIO EN EL EQUIPO

Todo iba viento en popa. La “pandilla salvaje” del diario popular estaba *bien aceitada*, funcionaba como *reloj suizo* y ya *cortaba las huinchas* por salir a la calle. Pero el domingo 11, el día anterior a la aparición de *La Cuarta* en los kioscos, ocurrió lo impensado: Desde el gobierno, el ministro Sergio Onofre Jarpa llamó a Germán Picó Cañas para decirle que el diario no podía circular si el “Gato” Gamboa figuraba como director. Todo lo que habían acordado se borró *de un plumazo*.

“A mí me llamó la Mónica Madariaga (por entonces embajadora de Chile ante la OEA) para decirme. Nosotros éramos amigos desde antes. Cuando fue ministra de Justicia nos ayudó en *La Tercera* para que el periodista Rubén Adrián Valenzuela hiciera el reportaje ‘La Cárcel por Dentro’. Era muy chora esa mujer. Bueno, después de todo lo que se había hecho, de parar el equipo y tener todo listo, me dice que *La Cuarta* no puede salir por ningún motivo si Gamboa era director. Yo le dije que habíamos hablado con todo el mundo, que cómo era posible que llegáramos a esa situación. *Imposible*, dijo, *el gobierno se opone a que Gamboa sea director*. Llamé al ‘Gato’ y él propuso que Diozel Pérez lo reemplazara. No había nada más que hacer”, rememora Iván Cienfuegos.

“Yo me acuerdo perfecto de ese domingo. En esa época vivíamos en Quilín con Pedro de Valdivia y fui a dejar al ‘Gato’ al diario porque al día siguiente tenían que publicar el primer número. Después fui a la casa, agarré a los niños y partimos a la FISA (Feria Internacional de Santiago) que hacían en el Parque Cerrillos. De vuelta pasé al diario y el caballero que levantaba la barrera en la entrada me dijo: *señora, mejor deje el auto afuera. ¿Y por qué?*, le pregunto yo. *Es que hay problemas acá adentro, está fregada la cosa, así que mejor estacionese afuera*, me dice. Le hice caso. Dejé a los niños en el escarabajo *Wolkswagen* que teníamos y entré como bala, porque tenía que saber qué pasaba. *No me diga nada*, le dije al guardia. Justo iba saliendo el ‘Gato’ hacia la puerta escoltado por algunas personas. *¿Qué pasó?*, le pregunto, y él me responde *tranquila, nomás, después le cuento*. Yo pensaba qué pasa, qué hizo. En la casa me dijo que el gobierno no quiso que él fuera director y que amenazaron a don Germán Picó Cañas con retirar todos los diarios en la mañana si es que lo distribuían, así que él decidió retirarse sin

escándalo. Don Germán le preguntó quién podía ser director y él sugirió a Diozel Pérez Vergara, por su formación en *Clarín*”, recuerda María Estela Urzúa.

Jorge Salas, quien quedaría a cargo de la sección Deportes de *La Cuarta* y que ya había trabajado con Gamboa en *Clarín*, tampoco olvida ese momento: “Fue duro para todos los que estábamos trabajando, especialmente para quienes lo conocíamos. Nos dijeron que Jarpa lo había vetado y que mientras él estuviera al mando la hueá no funcionaba. Era muy clara la orden. A algunos como Jimeno y yo nos corrían los lagrimones, hay que reconocerlo. *Quédate tranquilo y no te metái en huevás*, me dijo el ‘Gato’ antes de irse. Él arregló su partida con la empresa, designaron a Diozel y no quedaba más que ponerle el hombro”.

El fotógrafo Juan Barra fue otro de los que quedó con la garganta apretada: “Muchos teníamos ganas de mandarnos a cambiar en ese instante, pero el ‘Gato’ nos pidió que nos quedáramos. Dijo que no era justo que por culpa de un hueón el diario saliera para atrás, que había que seguir adelante y ponerle ñeque. Estábamos emocionados. Nos dimos la mano entre todos y prometimos sacarnos la cresta”.

En vista de las circunstancias, la salida de *La Cuarta* a los kioscos se aplazó para el martes 13.

El “Gato” Gamboa estuvo cesante durante un tiempo, hasta que en 1987 llegó como director a *Fortín Mapocho*, donde hizo uno de los títulos más recordados en la historia de la prensa chilena: “Corrió solo y llegó segundo”, en alusión a la derrota de Pinochet y la dictadura en el plebiscito de 1989. Luego pasó por *La Época* y en los primeros años de democracia volvió a *La Cuarta* como subdirector. Estaba sin trabajo y Diozel Pérez le quiso “devolver la mano”, según las palabras de este último. Pero la cohabitación en el diario popular en esta etapa no fue buena. Gamboa era muy sociable, tenía muchos amigos políticos y la gente del diario lo quería, y eso a Diozel, que era más *quitado de bulla* y de poca vida social, no le gustaba. Su “círculo de hierro” le *metió en la cabeza* que el “Gato” le estaba *aserruchando el piso* y se estaba candidateando para ser director. Hasta ahí nomás llegó la relación.

Según Iván Cienfuegos, “Diozel cometió un error y se le fueron los humos a la cabeza. No quería a nadie más en su parcela, no quería un lugarteniente. Pero en esta lucha de egos, que fue muy violenta, uno no sabía qué pasaba en la intimidad”.

“Nunca se llevaron bien -recuerda María Estela Urzúa-, eran muy diferentes. Diozel era inseguro y desconfiado, le gustaba hacer valer su autoridad y trataba mejor a los perros que tenía en el diario que al personal. Los animales comían en su oficina, dejaban los sillones llenos de pelo y había que ir a buscarlos cuando se perdían. El ‘Gato’ es perrero, pero hay un límite. Fue así como empezó a pasar rabias. Ya no se sentía cómodo. Perdió el entusiasmo y el recelo con Diozel era cada vez más *heavy*. Además, en esa época llegó al directorio de *Copesa* Miguel Ángel Poduje, que había trabajado con los milicos, y le empezó a hinchar las pelotas al ‘Gato’. Un día el ‘Gato’ llegó a la casa y me dijo: Me fui de *La Cuarta*, pero me van a pagar todo. Yo empecé a trabajar en el Banco Osorno para mantenernos, hasta que en 1994, durante el gobierno de Eduardo Frei Ruiz Tagle, lo contactaron para que preparara un proyecto para el diario *La Nación*. Tenía su centro de operaciones en el Hotel Gran Palace de calle Huérfanos. También iba a ser director, pero cuando se enteraron en la Democracia Cristiana armaron un manso escándalo y al final pusieron a Ignacio González Camus en el cargo. El ‘Gato’ siempre fue querido por muchos y no querido por algunos”.

Apenas Alberto Gamboa dejó las instalaciones de *La Cuarta*, Diozel Pérez Vergara tomó posesión de su nuevo cargo y de su oficina de director, se reunió con los editores y con el personal y quedó conformado el equipo de *apóstoles de la prensa* que, desde este nuevo medio y “con puro corazón, como las parrilladas de Franklin”, enfrentaría la segunda mitad de los 80.

Plana mayor: Diozel Pérez Vergara, director; Daniel Galleguillos Tobar, subdirector (falleció de un derrame cerebral en 1988); Julio Carrasco García, jefe de Informaciones y de Crónica y tercero en la línea de mando, y Mario González, editor nocturno.

Espectáculos: Guillermo Zurita Borja, alias “William Zeta”, jefe de la sección; Lucho Fuenzalida, “Ele Efe”, y Pilar Valenzuela, encargada de Cartelera. Más tarde llegarían a esta sección Raúl de Pablo, Marco Álvarez y Gabriel Flores.

Crónica: María Elena “Chica” Correa, Sonia Sepúlveda y Pedro Rojas. En 1985 se suma Claudio Leiva y, por un breve período, Gonzalo Becerra, más conocidos como “Tuco y Tico”. En 1988 llegaron Julio Díaz y Constantino Muñoz.

Gremios: Juan Luis Bonell.

Deportes: Jorge Salas, jefe de la sección; Carlos Jimeno y Alexis Vásquez (se retiró en 1988). Luego llegaron Daniel “Guatón” Díaz, Luis Martínez, Juan “Mufa” Herrera y Tito Muñoz.

Policía: Claudio Espinosa y Osvaldo “Chino” Muray, que tuvo un paso breve por el diario. Cuando se fue este último llegó Juan Manuel “Puntete” García, quien sería el jefe de la sección.

Reporteros gráficos: Juan “Fino” Barra Peña, Iván “Loco” Rojas Ocaranza, Solange “Flaca” Stade Diturbide y Daniel Moreno. A fines de los 80 se integran Ariel “Perro” Morales y Miguel Ángel “Semidiós” Allendes.

Hípica: Gerald Smith.

Diagramación: Juan Zamorano y Julio “Teddy” Reyes. Después se integra Francisco “Piti” Fuentes.

Ilustraciones y caricaturas: Eduardo de la Barra.

Choferes: Antonio “Toco” Garrido, Germán Garay, Juan Mejías y Claudio “Harry” Pavez.

Secretaria: La “Flaca Elvira” y más tarde Cecilia Alcántara.

Junior: Víctor Ulloa, quien una década después pasaría a ser reportero gráfico y conocido como el “Dos de Oro”.

CAPÍTULO 4: LA LÍNEA EDITORIAL

El lunes 12 todas las secciones salieron a reportear y el martes 13 de noviembre de 1984 el diario popular por fin vio la luz. Eran 20 páginas impresas en blanco y negro. Sólo había color, rojo, en los títulos en mayúscula de su portada. Su valor era de 20 pesos desde Atacama a Los Lagos y de 25 pesos en las regiones extremas. Ahí comenzaba el reinado de 24 años de Diozel Pérez Vergara, *el hombre, el zorro plateado, el dire*.

Diozel también era un periodista hecho en el oficio. Comenzó en el diario *Crónica* y luego siguió en *La Patria*, ambos de su natal Concepción. Después se *pegó el salto* a *El Sur*, de Temuco. En ese período hizo de todo -fue reportero de crónica, de deportes y policial- y se convenció de que “el periodismo de verdad”, como le llamaba él, era el escrito, el de revistas y diarios, ya que a su juicio en televisión y radio era todo superficial, efímero y carente de detalles, de investigación. Luego viajó a Santiago, donde trabajó 12 años en *Clarín* y tres en *La Prensa*. Tras el golpe militar viajó a Bogotá, donde según decía no lo pasó muy bien. Contaba que estando en un restaurante le tocó ver cómo entraron unos pistoleros y *masacraron a un cristiano*. Retornó a Chile para incorporarse a *La Tercera* como jefe de Crónica, hasta que lo eligieron para integrarse a *La Cuarta*.

Iván Cienfuegos dice que Diozel Pérez “era un bohemio empedernido, gozador, muy vividor y enamorado. Un galán a la antigua. Donde veía una falda, reaccionaba Le gustaba la noche y conocía todas las boites. Se la pasaba en el Bim Bam Bum. Era enfermo de la pinta. Además era muy inteligente, muy hábil, y conocía todos los vericuetos del periodismo. La chispa la tenía por el ambiente en que vivía, en la farándula de ese tiempo. Él le dio su sello a *La Cuarta*, que logró tener una tremenda circulación y lectoría. Diozel lo hizo muy bien, pero nunca dejamos que superara a *La Tercera*, que tenía los mayores cuidados de la empresa”.

En el primer número del diario popular, en la sección Cartas al Director, Diozel escribe la única editorial de este período y de las primeras dos décadas. Ahí describe la carta de navegación de la “fragata hilacha”, el *rayado de cancha*, el estilo que le imprimiría al medio:

Antes que nada, permiso para ocupar su espacio, amigo lector.

Porque estas columnas, cuando La Cuarta agarre vuelo y entre a todos los hogares, serán para que usted plantee sus problemas e inquietudes. Para eso no tendrá otra cosa que agarrar papel, lápiz y un sobre y contarnos sus cuitas.

¿Sabe cuál es la idea? Que seamos amigos, que nos conozcamos, estableciendo lazos de amistad y de comunicación.

¿Y por qué usted va a ser amigo nuestro? Sencillamente porque La Cuarta pretende identificarse con quienes siempre han estado como dejados de la mano de Dios. Y si ése es su caso, si usted se siente frustrado y con la fe a la altura de los talones, sentirá que tiene un amigo para desahogarse y un hombre fraterno donde llorar sus penas.

Vamos a ser amigos. De eso no nos cabe duda.

Pero los amigos deben ser sinceros, francos y no andar con santos tapados. Por eso, le contamos la firme desde la partida.

No queremos que esta tribuna se convierta en un foro político. Ni a favor ni en contra de las autoridades o de quien sea.

Por desgracia, siempre la política es centro de discordia y antagonismo y, usted comprenderá, esos sentimientos no concuerdan con la amistad que le estamos pidiendo y le estamos ofreciendo.

Si nos dejamos arrastrar por la corriente, pronto andaríamos a patadas con medio mundo, y la idea, repetimos, es otra.

Queremos ir e iremos a su barrio, a su población, a conocer sus necesidades básicas y las de sus vecinos. Y si no alcanzamos, usted nos mandará esa carta que estaremos esperando y que publicaremos para que las autoridades escuchen la voz del pueblo a través de este diario, que pretende ser su vocero.

La Cuarta, como lo dice su slogan, es un diario popular. Eso quiere decir del pueblo. Y aquí conviene aclarar las cosas.

El pueblo no lo forman solo los cesantes, los más pobres y aporreados por la vida. El pueblo nuestro lo integran once millones de chilenos, que andan con corbata o descamisados. El hecho que busquemos la amistad y la confianza de los “de abajo” no significa que les buscamos el odio y la bronca a los “de arriba”. Muy por el contrario, intentaremos acortar las distancias entre ellos y borrar diferencias que hacen daño a la patria.

Decíamos, amigo, que éste será su espacio, donde usted podrá volcar sus penas y alegrías, sus felicitaciones y sus críticas. Por ahora, lo hemos ocupado nosotros para decirle que las páginas de La Cuarta están a su disposición.

Los amigos tienen que ser paleteados y leales desde el principio.

El director.

Sobre este despolitizado estilo editorial -y en general sobre *La Cuarta* en esta etapa *ochentera* de grandes luchas y definiciones- se pueden decir y se han dicho muchas cosas. Que era pan y circo, que le hacía el juego a la dictadura, que el compromiso con el pueblo era de la boca para afuera, que era un diario sin conciencia de clase, que no se *mojaba el potito*, que era *amarillento*, que nivelaba para abajo, que era cero aporte para la cultura, que tenía la culpa de que la gente hablara mal, que miraba a la mujer como objeto y un largo etcétera.

A Diozel las críticas en general le resbalaban, *le entraban por aquí y le salían por acá*, no le daban *ni frío ni calor*, y jamás se mostró interesado en entrar en debates. Siempre decía puertas adentro que quienes hablaban mal de *La Cuarta* era porque jamás la habían leído, que para informar de política partidista existían otros medios, que la gente no era tonta y tenía derecho a elegir lo que leía y que “nuestra pega es informar, entretener y vender diarios”. Además, “jamás nos hicimos los lesos con ningún tema importante”, afirmaba.

Respecto del lenguaje coloquial que se empleaba, y que algunos calificaban simplemente como coa (jerga carcelaria), él decía que se escribía como hablan los chilenos, con toda su riqueza de refranes, modismos y neologismos, con toda nuestra cultura idiomática, con sentido de pertenencia, y que a eso se le sumaba creatividad e ingenio. Para mejorar la cultura están los textos escolares, la literatura y la educación, decía. Y sobre el uso de la imagen femenina como gancho, en esa época prácticamente no había cuestionamientos, era algo que estaba normalizado. Todos empleaban esta fórmula: los demás medios, los programas de la televisión, incluidos los informes meteorológicos, y la publicidad.



Jaime Chamorro, que a lo largo de su vida profesional trabajó en *El Siglo*, *La Tercera* y *La Cuarta*, refrenda las palabras de Diozel: “Muchos criticaban y van a seguir criticando que un periodista con ideas de izquierda trabaje en un medio de prensa de un grupo económico, ¿pero dónde más se podría trabajar? Basta con ver cuáles son las opciones laborales que tiene hoy un

joven que sale de la universidad. Mi experiencia me dice que hay cosas más importantes que el dueño de un diario y que son la honestidad profesional y la calidad humana”.

Diez años más tarde de que asumiera el cargo de director, y entrevistado por el periodista Luis Abarca para la edición aniversario de *La Cuarta*, Diozel se explayó sobre la línea editorial. Ahí contó que lo que más le gustaba era que en pocas páginas se informaba de todo: “La gente se siente identificada por el estilo del diario, por su manera de ver las cosas. Me gusta su estilo liviano, alegre. Imitamos las cosas buenas de *Clarín*: el humor, el título picaresco. Yo tuve la suerte de trabajar al lado de tipos muy imaginativos e ingeniosos como Hernán Millas y Eugenio Lira Massi”.

“El estilo de *La Cuarta* es el más difícil para un periodista, porque el ingenio y la chispa no se compran en la farmacia de turno. De allí los problemas que tengo para llenar las vacantes que se producen con periodistas que tengan ese estilo alegre y chispeante”, agregaba. “Lo mejor es la ligazón que tenemos con nuestros lectores: pobladores, trabajadores manuales, juntas de vecinos, deportistas de barrios... Gente que cree en nosotros, en nuestra capacidad de transmitir a quien corresponda sus problemas, sus necesidades, sus angustias. Lo mejor que hemos hecho ha sido no decepcionarlos nunca”.

En esa entrevista también se refirió a las diferencias con *Clarín*: “Tenía defectos. Se inmiscuía en la vida privada de las personas y les faltaba el respeto a los que quería atacar, hasta llegar a límites intolerables. Fue algo con lo que nunca estuve de acuerdo... Y hay otra diferencia. Nosotros damos una importancia secundaria a la política. Nuestros puntos fuertes son otros: la sección policial, espectáculos, deportes y sobre todo el contacto con el lector”.

Las acusaciones de sensacionalismo tampoco *le hacían cosquillas*: “Para que nos entendamos: Yo he instruido a todos los periodistas, especialmente a los policiales, para que usen ingenio y humor, pero en casos bien definidos... Donde hay muertos, donde las víctimas son niños, mujeres, hay instrucciones precisas de tratarlo con extrema seriedad. Dos elementos están prohibidos: la truculencia y la morbosidad”.

Para el aniversario número 21 del diario (2005) volvería a escribir una editorial, en tono más festivo, en donde se *cachiporrea* por los logros alcanzados en tan corta vida: “Con un estilo ingenioso y simpaticón nos ganamos la adhesión y cariño de la barra pop, que ve en este diario a una suerte de vocero, que habla de sus problemas cotidianos, necesidades y, muchas veces, auténticos dramas. Aquí estamos siempre para quebrar lanzas por ellos, aunque tengamos que pisar, a veces, callos de los poderosos”.

CAPÍTULO 5: LAS PRIMERAS SECCIONES

El titular principal de la portada con que debutó *La Cuarta* el 13 de noviembre de 1984 decía “Árbitro es más lento que un bolero: Dirigentes y cracks del Colo acusan a Lira”, refiriéndose a un gol que *el pito* le anuló en el minuto '80 al crack albo Severino Vasconcellos. Los títulos secundarios eran “Cayeron bomberos locos que asaltaron comisaría”, “Toque corre hasta para el Conde Drácula” y “Marido de Beatriz Alegret: ‘Soy más regia que ella’”.

Beatriz Alegret era una vedette argentina que había llegado a Chile a principios de esa década y que trabajaba en revistas frívolas y algunos programas de televisión. Se había casado con el bailarín Pablo Henríquez, quien en esa primera edición de

La Cuarta aparecía estirado en un sillón, vestido de mujer y con *mirada matadora*. La historia tuvo varios capítulos, en uno de los cuales la vedette declaró: *No quiero un marido que use panties*. El epílogo fue que el matrimonio *se fue a las pailas*. A falta de verdaderos espectáculos, noticias como ésta, de personajes de *night club*, ocupaban las páginas del diario en sus inicios.

Otro caso ilustrativo de este tipo de temas ocurrió en abril de 1985, cuando hasta la oficina del jefe de Informaciones llegó un auxiliar de portería: *Señor, lo busca Marilyn Monroe*, le dijo. *¿Me está?*, respondió Julio Carrasco. *No, señor, cómo se le ocurre. La señorita trae su carné*, replicó con seriedad el empleado. Efectivamente era Marilyn Mónica Monroe Tapia. Se trataba de una atractiva joven de 18 años, de una modesta población, que quería abrirse camino en la vida nocturna. Su padre era admirador de la famosa diva *hollywoodense* y no halló nada mejor



que aprovechar su apellido para bautizar a su hija como Marilyn. El diario transformó este alcance de nombre en noticia y la joven cumplió su sueño de ser una cotizada figura de las noches capitalinas.

En la foto principal de la primera portada aparecían el comediante argentino Jorge “Gordo” Porcel, Gloria Benavides y Coco Legrand, por entonces integrantes del programa “Jappening con Ja”, haciendo la *hachita y cuarta*, que es una medida que va desde el dedo pulgar al meñique con la mano extendida y que se usaba en el juego de bolitas, una de las entretenimientos de los niños desde los tiempos de la República hasta que apareció la *cajita idiota*. Esa foto para promover el diario se le ocurrió al reportero gráfico Juan Barra, quien partió por iniciativa propia hasta los estudios de *Chile Films* para inmortalizar a las figuras de la televisión. Le pidió permiso al “Gato” y éste le dijo *anda nomás*.

En las páginas interiores el diario ofrecía una sección de Magazine, con *El Rincón de los Astros*, el horóscopo; *Caldo de Cabeza*, el puzzle, que hasta hoy lo hace la misma persona, el periodista Claudio Espinosa; *El Profesor Banderillas*, columna que enseñaba el correcto uso de las palabras; y la *Ventanita Sentimental*, sección de consultas del *cucharón* que eran respondidas por Diozel Pérez con el seudónimo de *Doctor Cariño*. En el primer número la pregunta la hacía un tal *Popeye*, marino porteño que pedía una luz en su mar de tinieblas, ya que tenía la sospecha de que su morena estupenda lo *castigaba en la nuca* cuando él se iba de viaje, porque siempre le pedía que le trajera de regalo ropa de hombre y tabaco, según ella para unos primos. El *Doc* lo trató de marino de barco manicero y caído del catre, y le aconsejó que anunciara un viaje largo, pero volviera de sorpresa a su casa en dos días, de noche y sin meter ruido. Si encontraba otro bote en la bahía, debía tener calma y diálogo, nada de *pegar espolonazos*, ya que, según él, a las mujeres no les gustaba la guerra a muerte. “Yo pienso que su mujer está cansada de sus ausencias y cachiporreos, y buscó una caleta menos fogosa pero más tranquila y segura, en cuyo caso debe respetar su pensamiento y así el naufragio no será tan catastrófico”, remató el *Doc*.

En Magazine también estaban las viñetas *La Cuarta Diversión*, que era un chiste de actualidad, y *Palomita*, que mostraba las aventuras de una curvilínea y apasionada joven que coqueteaba descaradamente con los hombres que le gustaban, pero que también les *calentaba la sopa* a los *viejos verdes*. Ambas eran obra de Eduardo de la Barra (1942-2013), destacado

ilustrador e historietista, ex ayudante de *Pepo* en *Condorito* y dibujante gráfico en *Punto Final*, *La Chiva*, *Apsi*, *Cauce*, *Topaze* y *100%*, entre otras publicaciones. En el diario popular también fue responsable del suplemento *Hachita y Cuarta*, que circulaba el sábado e incluía juegos como *Derrame Cerebral*, *Las 10 Diferencias*, *Los Solapados*, *¿Qué Dijo?* y *El Piola y su Ayudante El Jaiba*, una versión criolla de Sherlock Holmes y el doctor Watson, donde los lectores tenían que resolver un caso policial. Uno de los últimos trabajos de De la Barra fue en la serie de cómics *Zombies en La Moneda*, de Mythica Ediciones. En 1991 se sumó al diario popular la tira del “tramposo, bolsero, lacho y caliente” *Pepe Antártico*, definido así por su autor, Percy Eaglehurst, que antes fue publicada por casi cuatro décadas en *La Tercera*.

Las dos o tres páginas diarias de Policía de *La Cuarta* eran las que entregaban los títulos más *freak* y de impacto: “Fámula malvada asfixió a su hijo recién nacido”, “Rufianes asaltaban puros abuelos: Les quitaban placas para que no gritaran”, “Caín osornino mató a su hermano mayor”, “Eran asiduos clientes de la Zofri pero no pagaban”, “Se hacía el pino con el sueño de la casa propia”, “Minero se suicidó en su estilo: Con dinamita”, “Ahogó su dolor en el río porque esposa lo engañaba”, “¡Qué bochorno! Se suicidó en elegante club de golf”, “Trígamo robaba para sus esposas: El hombre era marido muy responsable” y “Vampiro atorrante atacaba a lolitas: Las mordía en la parte más redonda”. En la mayoría abunda el humor negro y algunos podrían hoy ser objeto de querellas y de reproche público. Pero era otra época.

Las columnas de utilidad pública y servicios, destinadas a desnudar las penurias y destacar los esfuerzos por salir adelante de la clase trabajadora, la *gallada*, eran: *El Dedo en la Llaga*, espacio de reclamos como la *Línea Directa* de *El Mercurio* pero en versión pop; *El Hombre de la Calle*, con breves perfiles de jardineros, lustrabotas, vendedores ambulantes; *Parando la Olla*, con recetas para no *irse por el alambre* en esos tiempos difíciles; y *Poblaciones*, donde se reportaban los problemas que aquejaban a los lectores de las comunas más *pobletes* de Santiago. “¡Qué lindo sería morir en una casa con baño!” y “El guarén me atacó mientras dormía”, eran algunos títulos de este espacio.

Una sección emblemática de aquellos tiempos era Gremios, que estaba a cargo de Juan Luis Bonell, periodista que cubría el mismo frente en *La Tercera*, junto a Homero Ponce, “Ponche” para los amigos. Eran dos páginas diarias donde aparecían *las cuitas* de sindicatos y trabajadores

del carbón, gastronómicos, siderúrgicos, de clínicas privadas, pesqueras, taxistas, municipales, ambulantes, de la locomoción colectiva y del cobre, además de organizaciones de pensionados. Entre broma y broma, esta sección revelaba el descontento social de la clase trabajadora de la época y permanentemente aparecían Rodolfo Seguel y Manuel Bustos llamando a las protestas. “No hay salud en el Colegio Médico”, “Huelguistas de El Teniente: 48 días de ayuno por despidos”, “Hasta de jornaleros trabajan ingenieros en ejecución”, “Jubilar está más difícil que pellizcar un vidrio”, “Carboníferos de Lebu todavía no ven humo blanco”, “Acuerdo entre taxibuseros hará saltar la liebre”, “Ganaderos creen que son tratados con mala leche”, “Sin enredos eligieron directiva los textiles”, “Más firmes que tela de buque los huelguistas de Sumar”, “Gringos expertos en vinos se fueron con la nariz como frutilla” y “Choferes piden luz roja para empresarios malulos”, son algunos ejemplos de sus titulares.

En Crónica se reportaban los temas país del momento (“Desde hoy tendremos la gamba metálica”, por el debut de la moneda de 100 pesos, y “La Ley del Tránsito no es mala... ¡Es muy mala!”), las protestas contra el régimen que iban aumentando cada día, dramas para *picar cebolla* (“Dolor de pobres: Incendio quemó sus casas y peluches”) y temas animalistas, otro sello del diario en esa época. Títulos como “El toque pone la carne de gallina al turismo” y “32 santiaguinos conocerán obligadamente el extremo sur” daban cuenta con humor de la situación política de la época, con toque de queda y relegaciones. Los domingos había reportajes más en extenso. El primero fue “Tratamiento sin rejas para los semillas de maldad” y contaba la labor del Centro de Libertad Vigilada, a cargo de la Asociación Cristiana de Jóvenes (YMCA), que llevaba un año atendiendo a niños derivados por el Sename. Hace más de 30 años ya era tema.

La Vuelta al Mundo recogía las noticias más importantes y también las más curiosas de todo el *globo terráqueo*. Uno de sus títulos en estos tiempos de dictadura: “Más felices que cabros con zapatos nuevos los uruguayos: Elecciones”.

Los *ágiles* de Deportes reportaban, como ocurre hasta nuestros días, todo lo relacionado con Colo Colo y la Universidad de Chile, pero también el fútbol de las divisiones menores, de *los potreros* y de los barrios, además de otras disciplinas como el boxeo, el básquetbol, el ajedrez, el atletismo y las artes marciales. Entre sus columnas destacaban *La Firme de los Pollagoleros*, *Súper Peloteos* y *No se lo Cuente a Nadie*. Figuras de esa época eran Cardenio Ulloa, Iván

Morovic y un joven Iván Zamorano. *La Cuarta* Deportiva llegó a ser el suplemento de deportes de mayor lectoría durante años en la prensa nacional. “Le enyesaron la muda al mortero Aravena”, “La ‘U’ no le hace goles ni a la dueña de la pensión” y “Si el Colo no gana hoy morirá a lo Caupolicán”, algunos de sus títulos.

La Hípica también estuvo presente en el diario popular desde sus inicios, a través de la sección *Al Galope* que hacía Gerald Smith, quien se encargaba de entregar buenos datos a los amantes de los *burros*, organizar actividades con el gremio de los jinetes y activar clásicos con el nombre de *La Cuarta*.

Si había una sección donde abundaban los chismes ésa era Espectáculos, que tenía a dos especialistas en la materia: Guillermo Zurita Borja (*William Zeta*) y Luis Fuenzalida (*Ele Efe*), autores de las columnas *Aquí Vuelan Plumas* y *Al que le Toca le Toca*. La “farándula” de la época la integraban rostros de televisión como Andrea Tessa, el *Pollo* Fuentes, César Antonio Santis, Raquel Argandoña, Paulina Nin de Cardona, Carmen Ibáñez, Rodolfo Roth, Margot Khal, María Olga Fernández y Gonzalo Cáceres; cantantes como Zalo Reyes y Buddy Richard; humoristas como Ricardo Meruane, Ronco Retes y El Mulero Solitario; y actores de telenovelas como Sandra Solimano, Exequiel Lavandero, Soledad Pérez y Ramón Farías, además de un puñado de vedettes convertidas en celebridades por el diario: Annie Cassan, Leslie Santana, Ivette Lamour y Angie Salomé, entre otras. *La Cuarta Dimensión* (1984) fue el primer suplemento de espectáculos del diario y antecedió a *La Cuarta Espectacular* que se mantiene hasta la actualidad. También circuló entre fines de los '80 e inicios de los '90 el suplemento *Telecuarta*, con noticias de la televisión local.

Otros dos productos que tuvieron gran éxito en los inicios de *La Cuarta*, por sus temáticas, fueron *Sexto Sentido*, una pequeña revista dedicada a las ciencias ocultas y el esoterismo, y *Vida Afectiva y Sexual (VAS)*, que durante largos 26 años (1987-2013), con asesoría de sexólogos y profesionales médicos, brindó la educación sexual que esos tiempos no existía en ningún medio. En su sección de consultas eran muy comunes las preguntas de adolescentes y parejas jóvenes.

Mención aparte merece la *Bomba-4*, uno de los símbolos de *La Cuarta*, que circulaba todos los viernes, excepto el Viernes Santo, con la imagen de una mujer sexy. Decoraba los talleres de

vulcanización, los negocios de barrio, las botillerías y los libros empastados de coleccionistas. La primera en aparecer fue la Miss Chile María Soledad García, el 12 de julio de 1985, en las páginas centrales del suplemento *La Cuarta Dimensión*. Durante los '90 se comenzó a publicar en papel couché con fotos de mujeres en *topless* que eran compradas a agencias internacionales. Para no tener problemas de alcances de nombre, como comenzó a ocurrir, se les inventaron nombres absurdos y se les acompañó de una narración picaresca. La última publicación de la *Bomba-4* fue el 16 de noviembre de 2017, poco antes del cambio de diseño y línea editorial del diario.

CAPÍTULO 6: LA SALA DE REDACCIÓN

La sala de redacción donde funcionó *La Cuarta* a partir de 1984 no existía como tal. Se le hizo *un huequito* en un sector del hangar que ocupaba el área de avisaje de *Copesa*. En el hall de entrada, al lado de los porteros, se ubicó a Deportes, y en un angosto sector de la construcción se instaló, bien *apretujado*, al resto de las secciones. El inmobiliario era precario y hubo que ir a buscar sillas al casino y todo lo que dieran de baja de *La Tercera*. En los escritorios abundaban las conchas de locos, que eran ocupadas como ceniceros por los periodistas y gráficos. La mayoría fumaba.

La convivencia, al igual que la infraestructura, era estrecha y muy similar a lo que se había vivido en *Clarín*, según recuerdan los veteranos de la vieja escuela. El subdirector, Daniel Galleguillos, era de ponerse a jugar ajedrez con el junior y con cualquiera que osara desafiarlo. Diozel Pérez siempre tenía sus puertas abiertas para quien quisiera ir a fumar y contarle alguna copucha. Lo único que no le gustaba era que le recordaran los años que cumplía. En una ocasión su secretaria compró una torta para celebrarle el *cumple* y él casi se la tira por la cabeza.

Frente al diario estaba el bar El Marino -*The Sailor Pub*, como le decían para *subirle el pelo*-, donde la “pandilla salvaje” analizaba cada jornada de *pega*. “Ahí íbamos los más desordenados. A veces llegaba Julio Carrasco, echaba la talla al pasar, se sentaba a comer un sándwich con una chela solo en una mesa y se iba para la casa. Era muy reservado”, cuenta Claudio “Tico” Leiva.

Uno de los primeros episodios que les tocó vivir a todos en este recinto fue el terremoto del domingo 3 de marzo de 1985, a las 19.47 horas. Jorge Salas, estaba de turno en Deportes y lo recuerda así: “Chile había jugado con Ecuador y habían empatado 1-1 por las Eliminatorias para el Mundial de México '86. Estábamos despachando cuando viene el remezón. La gente se puso muy nerviosa, los ventanales se inflaban como globos y el estacionamiento parecía el Tagadá de Fantasilandia. Fue impresionante. Yo me atemoriqué, pero conservé la calma. El guatón Jimeno, que es moreno, estaba blanco. Al diagramador Juan Zamorano no le salía el habla. Pero seguimos trabajando con réplicas y todo. El jefe de Hípica, Gerald Smith, fue a buscar a su señora que estaba sola y vivía cerca, la Blanquita. Llegó con ella al diario. Con cada remezón la señora pegaba un tremendo grito y Jimeno se paralizaba. Nos faltaban los resultado de la Polla Gol y no

había cómo conseguirlos. Llamé a Polla para pedirlos y me los empezaron a dictar en medio de los guaracazos. El compadre tuvo la tranquilidad para dárme los hasta el final. Hice lo de la Polla Gol, cerramos el diario y listo. Jimeno seguía siendo un cero a la izquierda y la mujer del Gerald nos tenía enfermos de los nervios. Si él la hubiera podido tener en brazos toda la noche lo habría hecho. Después fueron llegando los demás periodistas y fotógrafos que estaban en sus casas o en los bares del sector. Eso compensaba las carencias de la época. Frente a lo importante no fallaba nadie, todos tenían la camiseta puesta. La noticia no tiene horario y nadie le hacía asco a salir a reportear”.

Hasta fines de los '80 se trabajó en máquinas de escribir marca *Hadler* y luego en procesadores de texto de gran dimensión que no tenían respaldo y que solían apagarse como los televisores en blanco y negro cuando se les quemaba un tubo. Había que empezar todo de nuevo. Les llamaban los terminales tontos. “En esa época nos trasladaron a un potrero que estaba al fondo del hangar. En invierno nos cagábamos de frío y corríamos alrededor de los escritorios para calentar el cuerpo. Era un galpón sin calefacción, nos tenían a la buena de Dios”, recuerda Jorge Salas. Solo a mediados de los '90 llegó la tecnología al diario, con ordenadores Macintosh 128K de *Apple* que estaban siendo renovados en *La Tercera*. Aprender a usarlos fue una odisea para los más antiguos.

Las fotos en todo este período eran en blanco y negro y la diagramación se hacía a pura *manopla*.

Las reuniones de pauta no existían. Cada sección reportaba a la pinta de su editor. A lo más se ponían de acuerdo al paso para no toparse con algún tema o requerir información. “En la Crónica, Julio Carrasco tenía claro cada mañana lo que nos iba a pedir. Intercambiábamos una que otra opinión y partíamos. Todo era muy intuitivo”, recuerda la periodista María Elena Correa. La primera reunión de pauta fue recién en 2003, cuando llegó al diario como subdirector Orlando Escárte, ex editor de *La Tercera*, *La Voz de la Tarde* y *La Nación*, entre otros medios, y recordado por su entrevista al arquero Roberto “Cóndor” Rojas, donde éste reconoce que se autoinfiirió una herida en el Maracaná cuando Chile enfrentó a Brasil en 1989. Las reuniones no se hacían porque Diozel no las alentaba y no se movía ni una hoja sin que él lo autorizara.

Las notas no se firmaban; los periodistas eran todos anónimos. Tampoco se viajaba mucho. “Yo la única vez que viajé en esa época fue como enviado especial a Rodelillo, en Valparaíso, pero no daba para sacar pasaporte. Fue en 1987, cuando llegó Juan Pablo II. Nunca había visto tanta gente junta en mi vida. Hicimos una gran cobertura de su visita”, dice Claudio Leiva.

Ese mismo año el diario popular enfrentó la ira “los teocráticos”, un movimiento de jóvenes ultra moralistas que acusó al medio de “ofender a Dios” y “promover el sida” y que rayó todo Santiago con consignas como “*La Cuarta* es inmoral” y “*La Cuarta* destruye a la familia”. Una integrante de este grupo, María Paz González, que fue entrevistada por el diario en 2009, relató que para sus líderes, encabezados por el autodenominado comandante Christian Casanova del Solar, “todo era pecado y vileza: los bikinis, las zungas, los moteles, comerse las uñas y el sexo prematrimonial”. Fue por eso que también se lanzaron contra el programa de Televisión Nacional “Sabor Latino”, que se grababa en el Hotel Crown Plaza y que trajo a Chile los shows de las vedettes Maripepa Nieto, María José Cantudo y Sissi Lobato, entre otras. A *La Cuarta* le reprochaban el “escándalo pornográfico” de dar cobertura a este tipo de espacios y publicar mujeres *piluchas* en portada. El movimiento fue *agarrado para el tandeo* por el diario, perdió peso y desapareció del mapa en medio de denuncias surtidas contra sus líderes.

En 1988 Diozel Pérez pidió cubrir de manera ecuánime los pormenores del plebiscito del Sí y el No, tratando de dar a cada sector similar espacio. “Hay que estar bien con Dios y con el Diablo”, decía con su habitual picardía, mientras recordaba que había trabajado en la campaña presidencial del DC Radomiro Tomic en 1970. “En alguna parte debo tener el carné de militante”, comentaba para la *galucha*. El sábado 1 de octubre de 1988, a cinco días de la consulta, se debían adelantar los relojes para dar paso al “horario de verano” y a un periodista que estaba haciendo la práctica le pidieron que hiciera una notita a una columna sobre esto. La información estaba perfecta, salvo por un detalle: decía que con este nuevo horario faltaba menos para *vivir a concho la alegría que ya viene*. Se le pasó al editor nocturno. ¡Golazo! Al día siguiente Diozel llegó indignado y preguntó en medio de la redacción quién había sido el *hueón descriteriado* que había escrito eso. El joven reportero levantó la mano y dijo *yo fui, dire. Pero cómo chucha se te ocurre*, gritó Diozel, *no te das cuenta que ésta es una empresa de derecha; me acaba de llamar el gerente para que eche cagando al desubicado...* El aprendiz de periodista, cabizbajo, comenzó a ordenar

sus cosas, pero el dire lo detuvo. *Ya, sigue trabajando, a ver si le achuntas y el jueves llega la alegría.* Era otro de sus tantos *perdonazos*.

En esos años *La Cuarta* se financiaba solo con la venta de diarios, ya que la publicidad era muy escasa. Solo tenía avisos de poco columnaje de negocios pequeños, automotoras, ofertas de empleo y canjes. Según estimaciones que hacía la empresa, la circulación promedio a comienzos de los '90 superaba los 200 mil ejemplares diarios y a mediados de los 2000 se movía en torno a los 150 mil.

Recién en 2003 comenzó a operar el Sistema de Verificación de Circulación y Lectoría (SVCL), impulsado por la Asociación Nacional de Avisadores (ANDA), la Asociación Chilena de Agencias de Publicidad (AChAP) y la Asociación Nacional de la Prensa (ANP), con el propósito de entregar información confiable. Según datos de julio a diciembre de ese año, los diarios de mayor circulación promedio eran, en orden decreciente: *LUN*, *La Cuarta*, *El Mercurio*, *La Tercera* y *La Nación*. Los fines de semana, sin embargo, *El Mercurio* ocupaba el primer lugar, seguido de *La Tercera*, *LUN* y *La Cuarta*.

Datos del primer semestre de 2015 indican que la circulación promedio de *La Cuarta* era de 84 mil ejemplares diarios, contra 144 mil de *El Mercurio*, 97 mil de *LUN* y 87 mil de *La Tercera*. El último estudio, del primer semestre de 2018, da 51 mil ejemplares diarios a *La Cuarta*, versus 126 mil de *El Mercurio*, 91 mil de *LUN* y 76 mil de *La Tercera*. Si bien todos los medios bajan, la caída más dramática es la del diario popular, lo que se podría explicar por su cambio editorial.

En lectoría papel, en el mismo período de 2015 *La Cuarta* encabezaba el ránking con 352 mil lectores diarios, seguida de *El Mercurio* (331 mil), *La Tercera* (282 mil) y *LUN* (267 mil). Entre enero-junio de 2018, *El Mercurio* (320 mil) adelantó a *La Tercera* (274 mil), *LUN* (271 mil) y *La Cuarta* (261 mil).

En lectoría total (papel más papel digital), en el primer semestre de 2015 *La Cuarta* (393 mil) se ubicaba detrás de *LUN* (665 mil) y por sobre *El Mercurio* (384 mil) y *La Tercera* (346 mil). En enero-junio de 2018, el diario popular cayó al cuarto lugar (300 mil), por debajo de *LUN* (714 mil), *El Mercurio* (561 mil) y *La Tercera* (351 mil).

II PARTE: UN EQUIPO DE ARMAS TOMAR

CAPÍTULO 7: CON ALMA DE DETECTIVE

Claudio Espinosa Molina (6-12-1939), “sin segundo nombre”, es el vivo ejemplo del reportero policial de la vieja escuela. Un profesional hecho en la calle y un ícono de los primeros años de *La Cuarta*, donde -dice- “no iba a trabajar, sino que a divertirme”.

Amigo de la lectura, los puzzles, la *conversa* y las reflexiones profundas, agudo, sarcástico y sobre todo un gran narrador, Espinosa derrochaba talento en cada línea que escribía. Se inició como reportero en las radios *Minería* y *La Unión*, en Valparaíso, hasta que *le quedó chica* la *Joya del Pacífico*. “Quería trabajar en algo más grande y pedí que me trasladaran a la *Minería* de Santiago. Me dijeron que bueno. Tenía que empezar un lunes, pero mi jefe en Valparaíso me pidió que me quedara un día más porque había fallado alguien. Perfecto. Llegué el martes a la capital y no alcancé ni a saludar. Rafael Otero Echeverría, editor jefe de la radio, me vio aparecer y me dijo veinte mil chuchadas, que era irresponsable, que qué me había imaginado, y con el dedo me indicó que me fuera. No duré ni un minuto en la pega”.

No se echó a morir y partió a calle Dieciocho 263, donde estaba *Clarín*: “Hablé con Pepe Gómez y me dijo *querís trabajar aquí*. Le dije *pero claro, poh*. Era como si fuera pasando y me invitaran a trabajar en el *New York Times*. Entré en 1971, dos años antes del golpe. Daba gusto trabajar ahí. El ‘Gato’ Gamboa era un director muy dicharachero. No era cabrón, no te gritaba, no te explotaba. Celebraba el ingenio y te aceptaba las sugerencias y los chistes. Cuando hacía los títulos tenía la costumbre de jugar con su anillo”.

En esa época Espinosa tuvo un golpe de suerte que le permitió comprar un mini Austin al contado. Ni él se la podía creer. Todo fue por su alma reporteril, por *copuchento*, como diría Gamboa: “El casino de *Clarín* tenía cuatro o cinco mesas, era chico, pero al mediodía partían todos rajados a almorzar, como si se fuera a acabar la comida. Pero no era por eso. Resulta que un empleado se había especializado en narrar historias que escuchaba en la noche en radio *Portales* y nadie se las quería perder. Eran de un programa que se llamaba ‘Los Ofensores’, casos de la vida real muy crudos y con mucho sexo. Lo conducía Omar Ferrer Santamarina. Yo pensé que sería interesante hacerle una entrevista, así que partí a la radio a verlo. Ese día estaba con el cantante de tangos Argentino Ledesma. El hueón sacaba guatapiques, unos porotitos que

explotan, y se los tiraba a los que iban pasando. Una anécdota hueona. Me atendió Omar. Conversamos, luego fuimos al Bar Nacional y después a su casa. Seguimos conversando durante mucho tiempo. Al final nunca lo entrevisté porque nos hicimos amigos. En su casa tenía canastos llenos de cartas con las historias de su programa. Le dije que podíamos hacer un libro. Yo recién había sacado uno que se llamaba ‘Los Crímenes Sexuales en Chile’. Me llevé como 200 cartas, seleccioné ocho, escribí el libro, respeté todo lo que decían las cartas y al libro le puse los nombres de los dos. Por la noche nos juntábamos en la radio y él lo promocionaba. Nos llegaban un montón de pedidos y los vendimos como pan caliente. ¡Así un montón de billetes! En una semana me compré el mini Austin, chúpate ésa. Fue un rajazo. La televisión estaba en pañales y las entreteniones eran leer o escuchar radio. No era porque yo fuera Claudio Espinosa. Lanzamos una segunda edición en forma inmediata. ¿Qué hizo después Omar? Compró una carpa para salir en gira con su séquito, pero no era lo mismo que la magia de la radio. La mina linda, extraordinaria, fabulosa que uno escuchaba en la radio era una viejita gorda y chica de 80 años, y el galán de voz preciosa que debía estar cantando con Plácido Domingo era un hueón flaco de 25 kilos y con cara de tuberculoso. Era decepcionante verlos. Mató la imaginación de la gente. Después la lluvia y el viento le botaron la carpa y cagó su sueño de ser millonario”.

Con el golpe de 1973 también se acabó el sueño de Clarín: “Yo me fui al exilio a Bogotá. Iba para Caracas, pero no me dejaron entrar. Trabajé en el diario *El Tiempo*, que es como *El Mercurio*. Después volví a Chile y entré a *La Tercera*. En 1982 me tocó reportear el crimen de Tucapel Jiménez y llegué a tener el dominio absoluto de Investigaciones y Carabineros. Como dijo alguien, no se movía ninguna hoja sin que yo lo supiera. Sabía todo lo que pasaba e incluso me llamaban a la casa para contarme los avances. Había policías que tenían interés en que el caso se resolviera. En general, en mi vida profesional siempre tuve buenas relaciones con mis fuentes policiales. Me trataban bien y me pasaban papelitos con datos confidenciales que no estaban en los partes”.

En forma paralela colaboraba con la revista de chimentos *Me lo Dijo Adela*, que dirigía Guillermo Zurita Borja: “Ahí denuncié un robo que sufrió Raquel Argandoña y quedó la escoba. Entró un ladrón a su casa y le choreó un montón de cosas. El hecho es que cayó preso el bandido y le incautaron joyas y otras especies. Apenas ella supo, llegó corriendo a Investigaciones para

pedir que le devolvieran un video que le habían sustraído. *¿Dónde está mi video?*, preguntaba a gritos. El prefecto le aseguró que iba a recuperar todo. Después que se fue nos miramos y dijimos *veamos el video*. Era de una fiesta íntima y entre otros estaban Sergio Onofre Jarpa y Antonio Vodanovic. Por unas lucas, el pato malo que robó en la casa me escribió la historia en un papel. Ahí contó que estuvo poroteando (espiando) la casa por varios días disfrazado de árbol. Le puso la Mansión Lila. El tipo era una enciclopedia de zapatos, perfumes y ropa. Cuando salió publicada la nota ardió Troya. En esa época la Argandoña vivía con Eliseo Salazar, quien llegó a la revista con cinco o seis amigos, uno de ellos con muletas. Entró a la oficina de Zurita y le aforró un par de charchazos. Zurita se tiró al suelo y salió arrancando en cuatro patas como las guaguas. Yo estaba en el segundo piso. Cuando llegué a *La Tercera* al día siguiente, el director Iván Cienfuegos me llamó a su oficina para pedirme cuentas. Yo no había involucrado al diario y tampoco repartí coscachos, pero lo había llamado Eliseo. Me pidió que firmara un papel en blanco si quería continuar en *La Tercera*. Bueno, le dije, *es cuestión tuya*. Me dijo que siguiera trabajando y no hablara con nadie de este tema, sino... y me mostró el papel. Un día pasó por mi escritorio y me devolvió el papel. Puede que por eso me hayan mandado después para *La Cuarta*".

"Al par de años nació *La Cuarta*, que era una copia de *Clarín*. El che Jorge Lazarte y el 'Gato' me invitaron a comer paella al Centro Vasco para plantearme la idea. *La Cuarta* se formó con los que quedábamos de *Clarín* más la basura que querían echar de Copesa y un par de viejas que no hacían nada", recuerda Espinosa con su *memoria de elefante*. Él estaba feliz, porque iba a volver a escribir de la manera que más le gustaba: "¡Qué me iban a enseñar a mí! Yo ya tenía el oficio, el ritmo y el estilo, podía haberles dado clases a todos los demás", dice. Y es cierto.

Una de las historias que le tocó cubrir y que causó gran impacto fue el caso de "Er Daví" y la Lilian, en 1985, que partió como un secuestro e inducción al abandono de hogar y terminó convertido en una *love story*: "Llegó una mujer al diario y denunció que un depravado de 20 años (David Navarrete) se había llevado a su lola (Lilian Farías) de 15 con rumbo desconocido y oscuras intenciones. Los jóvenes llevaban diez meses arranchados en Talcahuano y producto de la denuncia 'Er Daví' se fue al chucho, donde pasó 20 días sin comer y terminó en el hospital. Él dijo que no era secuestro, que eran pareja y se querían casar. *¡Que se casen entonces!*, dijo la

mamá. Nosotros hicimos una campaña y la empresa de buses Lit se puso con pasajes para que el cabro viajara desde Talcahuano a Santiago. Después le conseguí el traje a la novia en calle Bandera y al final se casaron. Amor de pobres. Los acompañé al zoológico y luego fuimos al Mercado Central. Compré un kilo de almejas, un kilo de choritos, un kilo de machas y dos bolsas de piures, y nos fuimos a su casa. Yo me lavé las manos y les enseñé a abrir las almejas, pero ellos no se las lavaron y les corría el barro por los bordes de los dedos. Y habían estado en el zoológico más encima. Al final pedí una taza, abrí los piures, les puse limón y me los comí solo, no le convidé a nadie. Con Gerald Smith, el jefe de Hípica, le conseguimos trabajo a 'Er Daví' en el Hipódromo Chile, para que pudiera mantener a su mujer. Trabajó un día y renunció. Lo habían mandado a barrer la mierda de los caballos y dijo que él no estaba para eso. La gente se divertía mucho con estas historias”.

Pero lo que más le gustaba a Espinosa, que tenía alma de detective, era resolver los crímenes que le tocaba reportear: “En una oportunidad un médico veterinario llevó a su esposa y sus dos niñitos a Las Vizcachas y asesinó a la mujer de un disparo. De ahí se fue corriendo a un retén y le dijo a la policía que los había asaltado un hombre moreno, delgado y con una cicatriz en la cara, que había matado a la flaquita y le había robado el anillo. En realidad él lo había escondido en el cuello de su parka. Se inició la búsqueda del presunto homicida y el marido fue varias veces a Investigaciones a reclamar por la inoperancia. Yo lo veía entrar. *Acá están todos sentados, qué se imaginan, hasta cuándo, salgan a buscar al asesino*, decía. El asunto es que las hermanas de la víctima me llamaron desde Parral y me dijeron que su cuñado era el culpable y que le había disparado con un revólver calibre 32 *Smith & Wesson* con puño nacarado que su papá le había dado a su hermana. Fui a la BH (Brigada de Homicidios) y les dije con qué mataron a la mujer. Se fueron a Las Vizcachas, les prestaron 200 alumnos de la Escuela de Investigaciones para peinar la zona y encontraron el arma. Yo estaba en la BH cuando volvieron y me dijeron que tenía razón. Llegó el veterinario con toda su prepotencia, pero esta vez quedó preso. Pidió el traslado a Parral y ahí se suicidó. Nunca les conté a los detectives de dónde saqué la versión del revólver, pero me hicieron caso. En ese momento me llené de gloria”.

“Otra vez, en Conchalí, desde un auto en marcha mataron al dueño de un depósito de chatarra. Me llamó un pato malo al diario y me dio un dato: *¿Sabe quién mató al fulano?*, me dijo. *Fue un*

tal Gallastegui, 100% seguro; los dos trabajaban en lo mismo y estaban embroncados. Hablé con el jefe de la BH y le conté: ¿Sabes quién es el asesino del chatarrero?, le dije. ¿Quién?, me preguntó. El Gallastegui, le respondí con seguridad. ¿De dónde sacaste esa hueá?, me lanzó. Bah, dateros que yo tengo poh, hueón, le dije. Puta, qué coincidencia más grande, hay una libreta del muerto que dice en tres partes Gallastegui con unas cifras, remató Era el homicida. Los patos malos querían harto a La Cuarta y nos leían”, dice Espinosa.



Su contacto con los delincuentes no era algo esporádico, era el pan de cada día. Siempre recibía muchas llamadas o había alguien esperándolo en la recepción. Él a todo el mundo lo trataba con el mismo respeto: “En una ocasión unos vecinos de La Legua llegaron al diario a denunciar por su alias a un pato malo que se ponía a disparar en medio de la calle y los tenía a todos curados de espanto. Era la entretención que tenía. Al día siguiente de la publicación voy llegando al diario y veo a un lote de gente. Me estaban esperando porque querían hacer una aclaración. Era el tiro loco de la población. Me dijo que él disparaba hacia arriba y jamás en su vida había matado a alguien. *Me llamo tanto-tanto y no tengo antecedentes*, dijo. Contó que robaba en Europa y que venía a Chile a invertir, que acá no podían culparlo de nada y que no iba

a aceptar que lo desprestigiáramos. Le hice el desmentido. Un día pasamos por La Legua y vimos su mansión. Por más plata que tengan, los patos malos no se mueven del barrio”.

Una de las formas de trabajar que tenía Espinosa era hacer un segundo reporte horas o días después de ocurridos los hechos policiales, cuando sus colegas ya no estaban a la vista, bajaban la guardia y había más datos en la investigación. “Cuando el muerto está caliente no es mucho lo que se sabe”, afirma. También estrechaba lazos con los jefes policiales de la época, a quienes les gustaba mucho que sus *porotos* aparecieran en las páginas del diario. En Investigaciones había de todos, dice, funcionarios serios e incorruptibles y de los otros, que andaban *cargados* con cocaína: “Pero la cosa quedaba ahí, era como los secretos de camarín. Yo nunca le hice a eso”.

Cuando su colega de sección Osvaldo Muray se fue del diario -estuvo poco tiempo-, llegó quien sería su compañero de aventuras durante largos años, José Manuel García, el “Puntete”. “Entró por una martingala muy buena -cuenta riéndose Espinosa-; tenía una radio tipo walkie-talkie que estaba conectada con la frecuencia de Carabineros y se sabía todas las claves policiales. Ése era su caballito de batalla. Era el periodista policial mejor dateado de Chile y llegaba al tiro a los asaltos, homicidios, incendios, riñas, suicidios o lo que fuera. Se sentía el dueño de los pacos y odiaba a los detectives. Si un paco mataba a alguien, él decía *Espinosa lo escribió, Espinosa lo hizo*, y así se la sacaba. Entonces, en Carabineros no me podían ver. Fue muy buena relación con ‘Puntete’, muy amistosa, pero yo debí haber sido el jefe. Ahí me cagó Diozel. ‘Puntete’ era de llegar tarde y al tiro se iba a almorzar a los locales del barrio. Le gustaba estar rodeado de gente y siempre terminaba pagando el consumo. Todos lo acompañaban, comían y tomaban, pero cuando pedían la cuenta se iban a esconder al baño o salían a fumar un pucho. Nadie pagaba. En eso basada su autoridad. Después de los bajativos llegaban todos chambreados al diario y entraban por distintos lados para que nadie se diera cuenta, pero todos cachaban. Diozel hacía la vista gorda, salvo que alguien armara escándalo. Yo en general iba a almorzar a mi casa”.

Su relación con Diozel Pérez era de larga data, de cariño pero también de cierto recelo y hay cosas que no le perdona: “En *Clarín* no era mucho lo que hacía. Él ya no estaba para el golpe, pero igual quedó botado, no tenía pega. Nos encontrábamos casi todos los días. Antes de partir a Caracas yo estuve en la radio Santiago, que había recibido autorización para volver al aire. Lo

recomendé con Hernán Millas y lo recibió encantado. Se quedó en mi reemplazo. Pero pasaron los años y nunca me reconoció nada. Yo quería ser jefe de Policía en *La Cuarta* y prefirió al ‘Puntete’ que llegaba tarde y cucarro. *Ándate a escribir, lo hacís mejor escribiendo*, me decía. Nunca me quiso aumentar el sueldo tampoco. No era justo. Una vez llegó una invitación para viajar a Colombia y yo quería ir porque conocía, pero mandó a una cabra que se enfermó, no escribió ni una hueá y se tuvo de devolver. Qué le costaba, hubiera ido gratis. Además era desconfiado y dictador. Hacía reuniones y no aceptaba recomendaciones. Pero debo reconocer que era talentoso y supo sacar el diario adelante. También era enamorado como él solo y andaba cantando cada vez que tenía carne en el gancho”.

“Para mí fue extraordinario trabajar en *La Cuarta*. Entre todos formamos un equipo muy sólido, porque separados no habríamos sido nada. Yo no habría sido el mismo en *El Mercurio*. Ahí pude gozar por la forma de redactar, por la clase de lectores que teníamos, por el ambiente que se vivía. Éramos los desechos de *La Tercera* y logramos hacer un diario exitoso. Nunca supe si me eligieron por mi experiencia o porque me tenían para la basura, pero resultó el experimento. Fueron años felices. Todos los días eran distintos y me divertía mucho. Había historias increíbles, épicas. Yo las novelaba, porque escribir siempre fue lo mío, pero no me arrancaba con los tarros inventando cosas. Después que me fui veía el diario con mucha nostalgia. Logré que me echaran para que me pagaran los años de servicio, pero la cagué, porque se me acabó la entretención”, reconoce.

Sin embargo quedó un hilo que aún lo mantiene unido a *La Cuarta*. Es el Caldo de Cabeza, el puzzle que aparece cada día en las páginas del diario y que él hace desde hace más de un cuarto de siglo. “No me han subido ni el IPC, pero lo hago con gusto. Y me sale con una facilidad asombrosa: Yo me miro, me paro y me aplaudo”.

CAPÍTULO 8: UN JEFE QUITADO DE BULLA

Otro ex *Clarín* de la formación “histórica” de *La Cuarta* fue Jorge Salas (13-6-1944), hombre serio, *quitado de bulla*, responsable y con la camiseta puesta. Estudió en la Universidad de Chile entre 1964 y 1967 y se tituló al año siguiente. Hizo su práctica en Radio Minería, en un programa deportivo que conducía Sergio “Sapo” Livingstone. Ahí se hizo *yunta* del reportero Víctor Eduardo “Cañón” Alonso. En 1969 el editor de Deportes de *La Tercera*, Tito Paris, lo llevó a colaborar a este medio. Primero hacía una nota semanal y después se empezó a quedar de turno los sábados y domingos. En diciembre de ese año lo llama “Cañón” Alonso porque *Clarín* iba a sacar un suplemento deportivo. Si la cosa andaba bien, lo contrataban. “Tito Paris me dijo *ándate, aquí no hay posibilidades de contrato*. Me chocó, pero fue honrado”, recuerda Salas. Empezó a colaborar en *Clarín* y a mediados de 1970 lo contrataron.

Ahí conoció a Carlos Jimeno, con quien llegaría en 1984 a *La Cuarta*, y también al “Gato” Gamboa y a Jorge Lazarte, los artífices del diario popular: “Lazarte era un tipo serio, tranquilo y respetuoso del tema periodístico, muy cercano, *piola*, no parecía argentino. Además era hincha de Colo Colo. El ‘Gato’ era dueño y señor, su palabra era ley. Era un diario chico, muy parecido a los comienzos de *La Cuarta*. Nos conocíamos todos y compartíamos muchísimo. Trabajábamos con máquinas *Underwood* y en las tardes llegaban los rotos del taller, como les decíamos con cariño, a apurarnos para que cerráramos el diario. Esperaban el punto final para quitarnos las carillas”.

“Recuerdo que una noche jugaba el Colo por Copa Libertadores y como el único televisor estaba en la oficina del ‘Gato’ estábamos todos metidos ahí. Mientras unos escribían, otros estaban a las chuchadas. El ‘Gato’ llegó justo antes del pitazo, esperó que terminara el partido y nos echó cagando a todos: *Se van los huevones porque tengo que hacer la portada*”, cuenta Salas.

“El ‘Gato’ era un tipo simpático y sociable, de muchos amigos, muy abierto. Conversaba con todo el mundo. A mí me recibió muy bien cuando llegué al diario. Revoloteaba por todos lados y nos *puteaba*, pero con respeto. Dejaba trabajar a las secciones, dejaba ser, confiaba en sus equipos. Tipo 5 ó 6 de la tarde, pedía los títulos de cada sección para saber qué había. Un día me dijo *búscate otro título para esta huevá, porque éste va a ir en primera página*. Yo me sentí tan

realizado de que le hubiera gustado, porque chispeante nunca he sido. Si encontraba que algo era bueno, lo reconocía. Era un tipo que tenía las puertas abiertas de su oficina. También tenía sus coqueterías, pero ahí no me voy a meter. Le gustaba mucho ir a los talleres y yo creo que ése era uno de los secretos del éxito del diario, porque los rotos tenían calle y siempre andaban con la última talla. El ‘Gato’ no tenía ni un pelo de tonto”, rememora.

También tiene recuerdos vivos del “Tanquetazo” -la sublevación contra Allende encabezada por el teniente coronel Roberto Souper el 29 de junio de 1973- y del paso frente al diario, en Dieciocho 263, “de las fuerzas leales encabezadas por el general Carlos Prats”. Luego vino el golpe militar.

“Yo me había casado en abril de ese año y vivía en la casa de mis suegros, en el paradero 16 de la Gran Avenida. Era martes y a las ocho de la mañana ya estaba el despelote. Contra todo lo que me pedía mi familia, partí a *Clarín*. Me bajé de la micro en Avenida Matta y llegué caminando. Los milicos ya estaban en la puerta de *El Siglo*. Había poca gente. Estábamos escuchando las noticias y esperando que llegara el ‘Gato’. Al segundo tableteo de metrallera que escuché en la calle decidí irme. Con otros compañeros salimos por la parte de atrás, hacia una construcción del Metro. Algunos cabros se quedaron a quemar sus carnés de militantes socialistas y comunistas. El ‘Chico’ Montoya, un colega, dijo *yo soy DC, así que no me va a pasar nada*. Estuvo un mes preso en el Estadio Nacional. Yo me llevé el diario de ese día bajo el sweater. Pasé a la casa de mi mamá a la población Dávila, lo dejé ahí y me fui donde mi mujer”, relata Salas de ese período.

Estuvo cesante un tiempo y luego, junto a su *yunta* “Cañón” Alonso, trabajó en radios *Carrera* y *Santiago*. Después llegó a *La Tarde* (que reemplazó a *La Nación* durante un tiempo) junto a Carlos Jimeno. “Los colegas de derecha nos cuidaron y acogieron, fueron muy buenas personas”, dice. En 1975, Tito Paris, con quien hizo la práctica, de nuevo lo llevó a *La Tercera*, para trabajar en Regiones y los fines de semana, en Deportes. Hasta que nació *La Cuarta*.

“Yo sabía que me iban a llevar a *La Cuarta*, porque estaba el ‘Gato’. En *La Tercera* surgió un poco de mala leche y varios decían que los que estaban colgando en la pitilla, la escoria, se iban a ir al nuevo diario. Un día Iván Cienfuegos reunió al grupo de ex *Clarín*, nos dijo que partíamos

para allá porque el ‘Gato’ nos había pedido. También aseguró que los rumores de que nos iban a echar eran falsos y que en el supuesto de que fracasara *La Cuarta*, volveríamos. No sé si era verdad o no, pero era un mensaje tranquilizador, porque no muchos querían formar parte de ese grupo. Estaban todos urgidos”, cuenta Salas.

Apenas llegaron a su nueva casa, comenzaron a trabajar como si el diario fuera a salir al siguiente día. En la sección Deportes eran él, Alexis Vásquez y Carlos Jimeno. Todavía no lo designaban jefe y entre los tres se pauteaban. Veían cuáles eran los temas que había que llevar y se los repartían. Lo *impajaritable* era estar pendientes de lo que ocurría en el Colo y la “U”, eso de todas maneras. En la tarde dibujaban sus páginas, pedían fotos y hacían la entrega. Estaba funcionando el rodaje.

Después que se fue el “Gato” y asumió Diozel, Salas fue nombrado jefe de Deportes y vino la cosa en serio: “Se mantuvo todo más a o menos parecido a como veníamos trabajando. Sabíamos cuál era el peso de cada cual y en el resto del diario era igual. Diozel a veces pedía algo, pero no era muy común. Así fue durante más de veinte años”.

“No sé por qué razón había gente en la empresa que no quería que nos fuera bien, pero yo diría que apenas salió el diario agarró vuelo, tal vez porque hubo una buena visión de lo que faltaba. Nos dijeron que con 30 mil ejemplares estábamos financiados, pero a poco andar duplicamos y triplicamos las ventas y entramos a pelear con los grandes. En Deportes llegamos a ser los más leídos los lunes. Lo que partió como una apuesta terminó siendo un buen negocio. Si eso no pasaba posiblemente nos habrían despedido, yo no creo que nos iban a recontratar. Nos salvamos del patíbulo Y así se fue incorporando más gente. A nuestra sección llegaron Héctor Muñoz, Daniel Díaz, Luis Martínez y Juan Herrera, que venían recomendados por amigos. Así era la bolsa del trabajo en esos tiempos”, dice Salas.

Sobre su equipo, no duda en calificarlo de extraordinario: “No éramos ningunas lumbreras ni *Pulitzer*, pero nos complementábamos y funcionábamos como reloj. Yo reconozco que no soy un hueón gracioso, pero entraba en el engranaje con ellos, que eran divertidos, y surgían buenas cosas. Lucho Martínez traía mucha jerga de la pobla porque vivía en La Victoria. Carlos Jimeno tenía la chispa de *Clarín*, donde inventó lo de la PLR (*patá en la raja*), aunque había que

interpretar lo que escribía, lo mismo que Daniel Díaz. Éramos una sección muy buena. Íbamos a los barrios, a las poblaciones y después la gente llegaba sola a dejarnos sus fotos y colaboraciones. Ése era el objetivo del diario: Llegar al pueblo. Eso se fue perdiendo con el tiempo y creo que fue fatal”.



Dice que esos años de dictadura no fueron fáciles para nadie, pero que se sobrellevaban mejor con humor: “Entre broma y broma, siempre iban mensajes entre líneas. Lucho Martínez era uno que siempre trataba de pasar goles contra la autoridad en lo que escribía, para el que cachara, y yo, aunque voy a morir siendo de izquierda, tenía que tener cuidado, pero la mayoría de las veces se los dejaba pasar. En todas las secciones era igual. Una vez empezaron a preguntar por Lucho por teléfono, en forma anónima. Lo andaban buscando. Alguien sapeó que era comunista y de La Victoria. Se perdió una semana y yo siempre decía que andaba reportando”.

De Luis Martínez también dice que era un genio para poner sobrenombres, algo muy común en el deporte y en general entre los chilenos. De su autoría son Arturo “Elmer” Salah, Fernando “León” Astengo, Juvenal “Pinturita” Olmos, Rubén “Casi-Casi” Espinosa y Jorge “Don Peineta” Garcés. A este último primero lo denominó “Peineta”, porque le encantaba *tirar pinta* y *hacerse el lindorfo*, pero no le gustó y llamó al diario para reclamar. Para no faltarle el respeto y ser educados, lo rebautizaron como “Don Peineta”.

A Diozel Pérez le reconoce gran parte del éxito del diario. “Era muy ingenioso, con buena pluma y buen olfato, daba autonomía y hacía excelentes títulos. Como el diario andaba solo y había un buen grupo creativo, él elegía las mejores ideas para titular y se llenaba de gloria. Era lauchero. ¿Lo malo? Su autoritarismo. Era de salir de la oficina y pichulearnos delante de todos. Quería más a sus perros que a nosotros y cuando se perdía uno todos tenían que salir a buscarlo. Solo era amigable en algunos momentos. En el aspecto económico era muy proempresa, nunca subía los sueldos. Si uno entraba a su oficina a pedirle aumento, salía trasquilado y con cargo de conciencia. Actuaba como gerente comercial a veces, como si la plata fuera suya. También le gustaba el chisme interno y era un viejo enamorado”.

Jorge Salas se acogió a jubilación en 2005 y este año lanzó en la Feria Internacional del Libro de Santiago (FILSA) “Leonel. La historia del ídolo azul”, un homenaje al crack del equipo de sus amores, la Universidad de Chile.

CAPÍTULO 9: EL “DIRECTOR TÉCNICO”

La vida de Carlos Alberto Jimeno Silva (23 -12-1944) está atravesada por el deporte y en especial por el fútbol. En casi todas sus historias saca a colación “la pelotita”. Ingenioso, con una memoria privilegiada y apasionado, tiene el inconfundible sello de los antiguos periodistas de oficio que se hicieron en los diarios populares, movidos por el instinto, el hambre de noticias y el humor.

Sus primeros pasos en la profesión los dio junto a Eduardo “Cañón” Alonso, que era una especie de manager de periodistas deportivos de la época. Jugaban juntos en el equipo amateur Atlanta y lo acompañaba de metiche a sus labores en *La Última Hora* y *Clarín*. Quería estudiar historia, pero este mundo reporteril lo fue cautivando. En una ocasión se fracturó Efraín Santander, arquero de Colo Colo, y le pidieron que fuera a la posta a reportear para una edición de *La Última Hora* que se vendía los fines de semana en el estadio y que además traía la hípica, un par de vedettes y algunas notas hechas durante la semana. Fue, habló con una amiga que trabajaba en la posta, el gráfico se puso un delantal de médico, entró y sacó la foto. Misión cumplida.

“Como salvaba, el ‘Cañón’ me pedía siempre que lo acompañara”, comenta el “Negro” Jimeno. “Un día que jugamos en la mañana por el Atlanta, me pidió que fuera en la tarde a *Clarín* a darme una vuelta. Fui como a las 6 de la tarde, entro y estaba la vorágine. Como me vieron desocupado, me pidieron que contestara los teléfonos para recibir los resultados de los partidos de provincia. En eso pasa el ‘Gato’ Gamboa y me convida un café. *Gracias, señor, le digo. Nada se señor, me responde, el Señor está en el cielo. Alberto, ‘Gato’ o compañero.* Después iba al Café Haití, donde se juntaban todos los periodistas y la gente del deporte y me conseguía entrevistas pa’l diario. Vente a trabajar para acá, me dijeron. Ahí se fue a las pailas mi proyecto de estudiar historia y me fui quedando en *Clarín*. Me tocó hacer de todo, hasta contestar algunas consultas sentimentales que le llegaban al doctor Jean de Fremisse. El ‘Gato’ era de mandarse a cambiar y decía *si no vuelvo titula con esta hueá*. Se apoyaba mucho en los viejos del taller, que eran secos para los títulos. Eso ahora es inimaginable; tienen que hacer un comité editorial para sacar una portada”.

Recuerda que el 1 de enero de 1970, transcurridos algunos meses del triunfo de la Unidad Popular, le tocó estar de turno en *Clarín* y recibió una sorpresiva visita: “Estaba recién casado y ese día antes de ir al diario pasé a saludar a una tía a Plaza Egaña y me llevé a mi sobrino Claudio, que era cabro chico, para la redacción. De repente siento unos golpes en la puerta metálica. Se notaba que eran con la cachapa de una pistola. Fuertes. *Pucha que traís plata*, digo en voz alta. Abro y eran Carlos Ominami, Max Marambio y un par de hueones más. Los GAP. Y en el medio venía el ‘Chicho’. Yo estaba con el Pelado Donoso, fotógrafo del laboratorio; Juan Cortés, ‘Lord Alambique’, de la Villa Cirrosis, y el cabro chico. *Feliz año, compañeros*, dice Allende, y pregunta por el ‘Gato’. Le dijimos que aún no llegaba y pregunta si había alguna cosita para servirse. No había nada. *Putá que son cagaos, compañeros*, dijo, y nos preguntó cómo lo habíamos pasado. Estuvo chachareando un rato, se sacó fotos con todos, pidió que lo llamara el ‘Gato’ y cuando se iba me dijo: *Linda su camisa rosada, compañero*, agarrándome pa’l hueveo. *Y la suya*, le respondo, *parece que la planchó con un repollo*. Era una guayabera blanca de lino. Cuando llegó el ‘Gato’ le contamos y le dijimos que no teníamos nada para ofrecerle, que se fue pelando. *Putá, en vez de traer algo él*, dijo. Lo fue a llamar y media hora después llegó una camioneta del *Waldorf* con dos mozos. Traían sándwiches, *petit bouche*, torta, pisco sour. Escribimos dos páginas con su visita y titulamos en portada algo así como El ‘Chicho’ visitó *Clarín*. Como salía el cabro chico en las fotos se las llevé a la mamá, que era enferma de momia. Las debe haber roto apenas me fui”.

Estando en *Clarín* empezó a estudiar periodismo laboral en unos cursos vespertinos que impartía la Universidad de Chile a los trabajadores en el Instituto Pedagógico: “Habíamos terminado en agosto de 1973 y estábamos decidiendo si el cierre lo hacíamos con un mariscal o un asado, además de un partido de baby fútbol. Nos iban a entregar el cartón cuando ocurrió el golpe y pasó lo que pasó. Quedamos en el aire”.

Lo que no quedó en el aire fue la final del torneo interempresas de fútbol que *Clarín* debía jugar el sábado 15 contra El Mercurio: “Seguíamos en contacto y pese a todo lo que estaba pasando, a los presos y muertos, decidimos ir. Juntamos 12 jugadores y yo preparé la estrategia. Íbamos a jugar bien cerrados atrás, para salir de contragolpe con balonazos largos, tal como le habíamos ganado en la semifinal a Ferrovianos. La idea era lanzar unos 20 centros desde la

derecha y otros 20 desde la izquierda, al ollazo. El partido fue en el Estadio Lan Chile, que estaba custodiado por la FACH, y ganamos 1-0. A los días nos llamó el interventor de Clarín y nos recibió con un foco en la cara. Yo sabía que tenía que responder todo sin bajar la mirada. Ya habían revisado mi escritorio y habían encontrado un papel con mi estrategia de fútbol. Me pregunta por el plan de disparar contra la Empresa de Ferrocarriles y le explico. *Ya, váyase*. Otra vez allanaron mi casa tres hueones de la FACH; habían jugado en Deportes Aviación y yo les había hecho un reportaje”.



Después del golpe, Jimeno estuvo vendiendo pulseras y zapatos y fue entrenador del equipo de la línea de micros Recoleta-Lira. También se juntaba con los ex Clarín en Plaza Almagro o el Café Haití. En 1974 entró al diario *La Patria* y de ahí pasó a *El Cronista*, hasta que lo llama Jorge Salas para que vaya a *La Tercera*. “Estuve un tiempo y de ahí me fui a la gerencia técnica de Deportes Antofagasta. Volví y me recibió el subdirector, Héctor Olave: *Trabajaste en Clarín, esa no es una muy buena recomendación*, me dijo. *Yo soy periodista deportivo*, le contesté, y sé

que usted jugó de mediocampista en Ñublense y Linares; además yo jugué una vez contra usted en el Interligas, en la cancha del Santiago College. Llamó al editor y le dijo ve si sirve”, relata.

Ahí estuvo hasta que el ‘Gato’ Gamboa lo pidió para que se fuera a *La Cuarta*: “*Tú vas a ser el jefe y Jorge Salas el subjefe*, le adelantó. Yo le pregunté cuánto íbamos a ganar y me dijo que lo mismo. Entonces le dije que mejor dejara a Jorge porque era más ordenado que yo. Parecía funcionario público. En *Clarín* ordenaba sus lápices antes de irse y a mí me ordenaba los puntos y las comas, porque soy de los que escribe de corrido. Además prefería reportear y tener tiempo para ir al Café Haití. El ‘Gato’ y Lazarte ya tenían todo pensado y no hubo muchos ensayos. Todos sabíamos lo que teníamos que hacer, y no es por ser agrandado. El ‘Gato’ tenía toda la chispa y Lazarte era capaz de ir a vender bufandas a Arica. En esa época *La Tercera* andaba como el forro y nosotros éramos y fuimos la salvación para la empresa”.

El “Negro” Jimeno entremezcla con emoción los recuerdos de sus compañeros de trabajo y de esa época: “Cuando llegamos al hangar no teníamos ni una hueá, tuvimos que ir a buscar sillas al casino. Salvo los periodistas que enchufó el gobierno, Daniel Galleguillos y Hernán González, que se la pasaban conversando y calentando el asiento, el equipo era de lujo. Sencillos, trabajadores y con ingenio. Éramos buenos amigos y había solidaridad. De la nada hacíamos lo que fuera. Una vez en Iquique un grupo de gays organizaron un campeonato de baby fútbol y nosotros lo auspiciamos. Era la Copa Sida y jugaban equipos de peluqueros, de los cabarets. Desde Santiago fuimos a entregar el trofeo. Era sin maldad; ahora quedaría la mansa cagada con el nombre de la copa. En *La Tercera* siempre nos miraron a huevo, no nos daban más de dos meses de vida”.

“Nuestra sección estaba a un costado del hall de entrada, al lado de los porteros. Yo llevé a Daniel Díaz, que andaba haciendo pitutos para Miguel Nasur. A Juan Herrera, el ‘Mufa’, lo fui a buscar a radio Portales para que hiciera boxeo. Y a Lucho Martínez me lo recomendaron. Era de María Elena, muy bueno para la pelota, había jugado en Linares y la Unión Española, era periodista universitario y estaba en el POJH de San Miguel. Hablé con el dire y me dijo *consíguele una corbata y dile que venga*. Yo le conté que había un pequeño atado, que era de la población La Victoria. *Tráigalo, nomás*, dijo. El Lucho llegó con su CV y el dire le dijo que lo

guardara: *Jimeno ya me contó todo y tiene las manos rojas porque las puso al fuego por usted; aquí es periodista del diario y en su casa, de La Victoria. ¿Estamos? Estamos*”.

Al “Zorro Plateado” hasta hoy le guarda gratitud y respeto: “Cuando se fue el ‘Gato’, él impuso su estilo. Era muy talentoso e ingenioso. A veces, jodido. En *Clarín* lo conocí durmiendo tapado con papeles, en *La Tercera* tiró p’arriba y en *La Cuarta* comenzó a crecer. Respetaba la capacidad de la gente. Te podía retar, pero sabía que no le ibas a fallar”.

En 1988 ocurrió un hecho desafortunado que motivó su partida del diario. “Un viernes salí rumbo al banco para cobrar los cheques de los cabros de la sección. Me subí a un taxi Peugeot que estaba en la entrada y no avanzaba nunca. Adelante había una camioneta C-10 con una calcomanía que decía Yo Amo Papudo, con el típico corazoncito, y con un niño que jugaba en el asiento trasero. La camioneta comenzó a retroceder mientras el taxista levantaba las manos. En eso aparece un hueón por el lado de mi puerta, me dice *aquí te pillé, conchetumadre*, y me pega con la cacha de una pistola en la cara. Me rompió la mandíbula. Ese hueón era Cristian Roberto Fuentes Morrison, el ‘Wally’, asesino de la dictadura, una bestia. Yo era del MIR y de seguro me tenía sacada la foto. En esa época la CNI tenía un taller de fachada frente al diario, en Vicuña Mackenna 1887, donde manejaban las armas. Me sangraba la cara y otra persona fue a cambiar los cheques. Hablé con la gente de la empresa y nadie me prestó ropa. El director de *La Tercera*, Arturo Román, me dijo *no podemos hacer nada*. Iván Cienfuegos ya se había ido por una columna que no le gustó a Francisco Javier Cuadra. El fotógrafo Daniel Moreno sacó fotos de todo lo que pasó y las llevé al Colegio de Periodistas, pero nadie hizo nada. Ahí decidí que me iba, antes de que me liquidaran. Diozel se sentía impotente, me dijo *no vaya a decir que lo eché* y me dio un abrazo. Cuando me pagaron me fui a la esquina y me compré un auto. Pasó el tiempo y estando en Valparaíso Arturo Román pidió fotos de Wanderers en diapositivas. Se las llevé al diario y me dijo mira: En el escritorio tenía un montón de fotos del ‘Wally’ acribillado de 18 balazos en la Villa Frei. Estaba con la misma casaca que usaba el día que me atacó y se veía la camioneta con la calcomanía de Yo Amo Papudo. El Frente se lo había echado. Era un maldito”.

Carlos Jimeno hoy trabaja en la radio *Nuevo Mundo* y cada tanto se junta con sus amigos de *Clarín* y *La Cuarta* que aún están vivos para hacer recuerdos.

CAPÍTULO 10: UNA “CHICA” TODOTERRENO

La periodista María Elena Correa Correa (15-2-1960) fue una de las seleccionadas para pasar de *La Tercera* a *La Cuarta* en 1984. Estudió en la Pontificia Universidad Católica de Chile entre 1977 y 1980 y al año siguiente hizo su práctica en la sección Crónica de *La Tercera*. De esa época recuerda que le tocó reportear el incendio en la Torre Santa María (21 de marzo). Luego la pasaron al área de Suplementos, en el segundo piso de Copesa, y trabajó en la revista para jóvenes *El Rumbo*. En 1984 la publicación se acabó y quedó *dando bote*. Era firme candidata a que la despidieran, pero la asignaron al nuevo diario. “Esa es la verdad: O nos echaban o nos mandaban a *La Cuarta*, porque en *La Tercera* ya no había lugar. Por eso también comenzaron a decir que éramos de lo peorcito”, rememora.

A sus 24 años, Correa era la periodista más joven del naciente diario popular y una de las pocas mujeres. Compartía la oficina con el editor internacional, Hernán González, y quedó en Crónica, una sección donde la tenían *pa'l combo y la patá*, junto a Pedro Rojas, que hacía temas especiales, y Sonia Sepúlveda, que estaba a cargo de reportear las poblaciones: “Ella era una señora mayor muy quejosa de la dictadura, muy extraña, cargada. La gente la tenía atravesada porque alegaba por todo”. En 1985 se sumó a la sección Claudio Leiva, el “Tico”, que venía de hacer su práctica en *El Mercurio*: “Un tiro al aire”.

“Yo no tenía muchos amigos porque eran casi todas personas mayores, personajes muy raros, muy freak. Todos tenían su cuento. De repente llegaba uno moreteado porque le había pegado la señora y otros con la caña. Había un fotógrafo que se quedaba dormido en todas partes, porque trabajaba sacando fotos en los locales nocturnos, Julio Bustamante; una vez se puso a roncar mientras estaba comiendo un choclo. Los periodistas siempre cruzaban a un bar que estaba frente al diario, El Marino, y volvían a medio filo. Esas cosas pasaban. Así que no establecí muchas relaciones. La única con la que trataba más era Solange Stade, reportera gráfica, que era más o menos de mi edad y venía también de Suplementos. Una vez nos invitaron a un programa de televisión de Julio Videla para hablar de cómo era para dos mujeres trabajar en un diario tan chuchoquero y masculino. Era un ambiente marcadamente machista, de viejos que estaban más acostumbrados a relacionarse con las vedettes, pero siempre me trataron con respeto, nunca nadie se tiró al dulce ni nada parecido. Tengo buenos recuerdos”, cuenta.

En la sección Crónica era volante y su jefe directo era Julio Carrasco, que venía del suplemento Estreno de *La Tercera*. Cada mañana él le decía lo que tenía que hacer o ella proponía algún tema. Según Correa, era un hombre que tenía su genio, muy serio, exigente y un poco duro en el trato. Permanentemente ponía límites y controlaba la orientación de las notas. Por más *chacoterías* que fueras, pedía los datos duros. En general -comenta Correa- daba clases de periodismo y enseñaba a ser mejor reportero, a encontrar el ángulo más atractivo de una noticia.

“Yo era chica y me retaba hartito. Nunca había hecho Crónica y era una exigencia mayor, porque había que reportear de todo y aterrizarlo en un lenguaje sencillo para los lectores. Por ejemplo, iba a una conferencia de prensa sobre una vacuna equis, tenía que entenderlo y luego escribirlo en el lenguaje de *La Cuarta*. Julio me pedía detalles y cifras con su mirada inquisidora. Sabía de todo y tenía muy buen olfato. En esa época no había internet ni celulares, era todo mucho más difícil. En el diario jamás se hizo una reunión de pauta como las conocemos hoy, era todo intuitivo. Fue una buena escuela y me sirvió mucho en mi vida profesional. Con el tiempo me semiespecialicé en Educación, municipalidades y en el sector Cementerios -dice riendo-, porque gallo que moría, fueran artistas, gente conocida o cualquiera, me mandaban a mí a los velorios y funerales. Eso era una lata terrible. A nadie le gusta que le lleguen a preguntar cosas o a pedirle fotos cuando se muere un familiar, pero había que hacerlo. El estilo de escribir me costó, porque yo estaba acostumbrada a hacerlo en forma seria, pero me fui soltando y me entretenía mucho. Me reía sola frente a la máquina de escribir. También hacía una columna sobre profesiones peligrosas, como la gente que pintaba edificios, y otra de oficios populares, como lustrabotas, garzones, vendedores de flores, jardineros, etc.).

Tan volante era la “Chica” Correa, que en una ocasión Julio Carrasco la envió a la exPenitenciaría de Santiago para que entrevistara al denominado “Sicópata del Cerro”, que había violado a varias jóvenes y matado a una en el sector El Salto, detrás del cerro San Cristóbal, en la comuna de Recoleta: “Tengo la impresión de que el diario llegó a un acuerdo con la familia de este gallo, como que lo podían ayudar a cambio de que hablara con nosotros. Quedamos en que iba a entrar con la familia a la hora de visitas y me arreglé para la ocasión. A las 7 de la mañana estaba en la puerta de la cárcel con el fotógrafo Juan Barra, que sacaba fotos escondido en la vereda contraria. Llevaba un discurso aprendido por si me preguntaban algo en la entrada, mi

carné de identidad y una carterita. Una gendarme me levantó la falda y me dijo que no podía entrar así porque me podía sentar sobre el interno y eso no estaba permitido. *Tiene que venir con una enagua*, dijo. Hice de tripas corazón y arrendé una enagua por \$50 afuera. La gendarme me tocó bien toqueteada y entré. Y ahí estaba el sicópata. Como no tenía lápiz ni libreta, memorizaba todo lo que podía. Al tipo le dijeron que yo era periodista y empezó a enojarse. No quería hablar. Lo calmaron y en un momento dijo *yo la maté* y abrazó a su mamá. Fui testigo de ese momento. Estaba todo el rato a los tiritones. La nota salió publicada en dos páginas con la historia de la enagua y todo, y no sé qué escandalo quedó después porque era una entrevista no autorizada. Fue un riesgo tremendo. Cuando salí estaba Juan Barra a lo lejos sacando fotos. El diario aprovechó que yo era mina, joven y nadie me ubicaba”.

En otra oportunidad *La Cuarta* organizó el concurso del Mejor Vedetto del Año y como había pocas mujeres la designaron para que fuera la presidenta del jurado: Guillermo Zurita me mandó. En el Tap Room, un boliche nocturno. El resto del jurado estaba conformado por vedettes y por la famosa transexual Leslie Santana, que era enorme y un poco intimidante. Veo que llega, gigante, y me saluda con la voz ronca: *Hola, cómo estás*. La cosa es que un día tuve que salir arrancando, porque se me anduvo empiluchando y me tomaba la mano. Le conté a Zurita y él la enfrentó. Le dijo que na’ que ver que se tirara al dulce con una periodista joven. En la siguiente jornada del concurso me empezó a gritar que de adónde había sacado yo que a ella le gustaban las mujeres. Yo me hice la loca y le dije que no le creyera a Zurita. Como era la representante del diario, tenía que cumplir mi pega, así que elegimos al vedetto más encachado. Pero el ambiente era peludo”.

No fue la única vez que Correa debió colaborar con la sección de Espectáculos: “Me tocaba cubrir el Festival de Viña del Mar, pero sin pisar la Quinta Vergara. Era la encargada de ir a recibir a los artistas al aeropuerto de Pudahuel y en esa época nos permitían quedarnos en la losa. En 1985 vino Luis Miguel, que era un cabro chico tontón de 15 años, y quedó una embarrada tan grande que casi morí aplastada por las fans. Desde entonces prohibieron para siempre entrar a la losa. Al año siguiente vino una cantante que se llamaba Sheila-E, que era ahijada de Prince. La tiramos a partir porque era súper pesada. Le pusimos en el diario que se llamaba Chelita Escobedo y que era más ordinaria que bikini de lana. Hasta los canales se colgaron y la llamaron así. Yo me cagaba de la risa. También fui bien amiga del Zalo Reyes en esa época y hasta me

invitó a unas fiestas en su casa. Una vez se hizo unos arreglos en el caracho y puse que había quedado como Robocop. Me llamó emputecido. Que cómo era posible que yo, que había estado bailando en su casa y conocía a su señora, escribiera algo así. Pero yo igual disfrutaba con el cahuín”.



Las crecientes protestas contra la dictadura también fueron reporteadas por la “Chica”, quien salía todos los días del diario con pañuelo y limón para que las bombas lacrimógenas no la dejaran *patelaucha*. Su mayor temor era que la confundieran con una manifestante y le llegara un *lumazo* o cayera *en cana*. Así fue como le tocó seguir de principio a fin el caso de Carmen Gloria Quintana y Rodrigo Rojas Denegri, quemados por una patrulla militar en una jornada de movilización nacional en julio de 1986: “Le hice guardia todo el tiempo. Desde que estaba internada hasta que viajó a Canadá para su rehabilitación. Soy amiga de ella hasta hoy. Yo hablaba en mis notas de Carmen Gloria, pero llegó una orden del gobierno de que no podíamos referirnos a ella de esa forma porque se la humanizaba mucho y la gente se sensibilizaba. Había que hablar de la joven quemada. A ese nivel era la manipulación y el control que había, pero

luego las cosas se fueron saliendo de control y la mayoría de los medios comenzamos a hacer la pega como correspondía. Había mucha violencia en las calles”.

Otro caso que debió cubrir en todo su desarrollo fue el paro de la comunidad de la Universidad de Chile contra José Luis Federici, quien fue designado rector por Pinochet en agosto de 1987 con la supuesta misión de dismantelar el plantel, que había iniciado un proceso democrático de elección de sus decanos bajo la gestión de Roberto Soto Mackenney: “Había protestas todos los santos días y llegaba a la Crónica hedionda a lacrimógena. Los colegas de *La Época* eran los únicos que tenían chipe libre para reportear todo, los demás medios estábamos todos en capilla, por nuestra línea editorial. Nos miraban con recelo, aunque conmigo tenían cierta empatía. Una vez estaba en la Facultad de Ingeniería, en Beaucheff, y quedó la tole-tole con los pacos. Traté de arrancar por unas escalinatas, pero los pacos habían tirado tantas lacrimógenas que me desmayé y desaparecí en medio del humo. Después me enteré que los estudiantes me sacaron en andas hasta un lugar seguro. En esa época eran frecuentes los apaleos, las relegaciones, la represión, y nadie sabía lo que podía pasar. Eran tiempos de mucha brutalidad en las calles. Así fue como en estas mismas protestas contra Federici un carabinero baleó a la estudiante María Paz Santibáñez en el frontis del Teatro Municipal. Me tocó ir a Neurocirugía y me encuentro con que el hermano de María Paz era amigo de mi hermano y yo lo conocía. Él después falleció en un accidente en Torres del Paine. Como conté esto en el diario, me pidieron que fuera a hablar con la mamá y consiguiera una foto, todas esas cosas horribles que uno tiene que hacer en periodismo. Tuve que usar el contacto, pero fue triste, porque me cambiaban los títulos y el estilo. Uno se comprometía a escribir algo, pero era muy fácil quedar mal. Julio Carrasco me decía que eran órdenes de arriba y supongo que esas órdenes eran de la Dinacos (División de Comunicación Social), que censuraba todo lo que no le parecía. Federici duró 69 días en el cargo hasta que lo sacaron y yo puse que había durado ‘Nueve Semanas y Media’, porque justo estaba de moda esa película de Adrian Lyne, con Mickey Rourke y la Kim Basinger.

Sobre el estilo de *La Cuarta*, la “Chica” Correa dice que “era fácil que a uno se le pasara la mano, pero era entretenido. Igual era una época de miedo, era una dictadura y daba susto, pero se podía meter la puntita. Como había un control de los medios, la idea era burlarlo de alguna manera y meter la cuchufleta”.

Con Diozel Pérez su relación no fue cercana. “Nunca tuvimos conversaciones, quizás porque yo era mujer y él se llevaba mejor con los hombres. Era como rarito”.

María Elena Correa se retiró del diario a fines de 1988, después del plebiscito, que no reportó porque le habían sacado una muela y estaba con licencia médica: “Me fui porque estaba medio aburrida. Era demasiada pega. Los horarios eran largos y se trabajaba fin de semana por medio. Al principio era entretenido, pero después ya no. No quería pasar toda mi vida haciendo notas. Me ofrecieron una pega de lunes a viernes y me fui”.

Después de su paso por el diario popular, la “Chica” Correa trabajó en *El Rastro* y después en la Corporación Cultural de Las Condes, donde integra el equipo de comunicaciones hasta hoy.

CAPÍTULO 11: EL JOVEN SENCILLO DE ÑUÑO A

Claudio Antonio Leiva Cortés (19-5-1961) entró *chiporrito* a *La Cuarta*, a fines de enero de 1985, y aprendió rápido las buenas y las malas costumbres. Fue uno de los primeros en llegar al diario que no era personal “en desuso” de *La Tercera*. Ese verano estaba haciendo su práctica en *El Mercurio*, pero le comunicaron que había exceso de estudiantes y no podía seguir. “La estaba rompiendo en el decano y había sacado hasta portada con la historia de unos chilenos que cruzaron la cordillera en un planeador, así que pueden haber pesado algunos antecedentes políticos en la decisión de mandarme pa’ la casa”, dice.

Leiva entró a estudiar periodismo a la Universidad de Chile en 1979 y al año siguiente, luego de participar en jornadas de protesta y *caer en cana*, fue relegado a la isla de Quenac, en Chiloé, en virtud del decreto ley 3.168, que permitía al Ejecutivo “relegar a personas detenidas en el marco de Estado de Emergencia”. Al regresar de este confinamiento, el director de la carrera, Eduardo Latorre, lo expulsó. Volvió a dar la Prueba de Aptitud Académica (PAA) e ingresó a Periodismo en la Pontificia Universidad Católica. Empezó de cero, pero en 1982 nuevamente fue relegado, esta vez a la localidad de Salamanca, en la provincia de Choapa. “Me sirvió para conocer”, dice hoy con humor. Dejó la carrera en 1984 y finalmente se tituló en la Usach en 2007.

Luego que le cancelaron su práctica en *El Mercurio* y quedó de brazos cruzados en pleno verano, vio que hacía un par de meses había salido a circulación *La Cuarta* y decidió ir a preguntar si había alguna vacante: “Me atendió Julio Carrasco y me dejaron al tiro trabajando, porque necesitaban gente. Caí parado. Quedé en Crónica y anduve súper bien. Era rápido para escribir y, la verdad, no había que escribir tanto, ya que era un diario chico. Solo me faltaba el bagaje popular y aplicar bien los conceptos, porque no era llegar y escribir cualquier cabeza de pescado. Te puedes poner pedante o grotesco, sin ni un brillo. Era muy fácil meter las patas. Pero yo era un joven sencillo de Ñuñoa y tenía un poco del roce de la calle. Y fui aprendiendo de los demás, leyendo el diario de principio a fin, a los colegas, sobre todo a los periodistas policiales. Eran todos bien talleres y me enseñaban a escribir divertido. Picar cebolla también era importante y ahí teníamos maestros. Julio Carrasco decía para allá sí, para acá no. Claudio Espinosa era muy chistoso; también Daniel Galleguillos y el guatón Jimeno, que para el Mundial de México de

1986 tenía una columna que firmaba como ‘El Cuate’ y escribía igual como hablaba Cantinflas, absolutamente divertido”.

Su labor al comienzo consistía en reportear temas de la pauta informativa, casos que avisaban los lectores por teléfono, como dramas de niños enfermos o familias que eran lanzadas a la calle, y la infaltable encuesta diaria a la barra pop, que se hacía en la Plaza de Armas, el barrio Franklin o la Plaza Italia, para que la gente se desahogara por el precio de la bencina o lo que fuera. “Tenía cero rigor estadístico”, cuenta Leiva. También le tocaba *dar vuelta* una que otra noticia que llegaba por el teletipo. “Pero se reportaba hartito, sobre todo en policía, tribunales y gremios. Una noche me mandaron a reportear un crimen en una población y estaba como boca de lobo, no se veía nada. Le pregunté al carabinero dónde estaba el occiso y me dice: *Lo está pisando*. Todos salíamos a la calle en busca de temas e historias, no existía el *copy paste* de hoy, en que los medios copian sin asco lo que escribe la competencia”.

“El diario se instaló muy bien. Tenía su talón de Aquiles con el tratamiento de las mujeres, pero en esa época eso no era tema, estaba normalizado. La dignidad de las personas, también se pasaba a llevar a veces. Era fácil ofender por tratar de ser graciosos: El guata de pan, la morsa, las merluzas, el asopado, el vejistorio. Ahora ya nadie se puede tomar esas licencias, ni con los delincuentes”, afirma Leiva.

Ese primer año también se integró a la Crónica por algunos meses el periodista Gonzalo Becerra, de la Universidad de Chile. Se ubicó a su lado y echaban la talla todo el día. Los bautizaron como “Tuco” y “Tico”, las urracas parlanchinas. “Después que se fue, el pechuga apareció en Dinacos y llamaba en las noches al editor, el ‘Tata’ Mario González, para pedirle que cambiara algo que no les gustaba o estaba muy pasado para la punta. Un buche”.

Cuando falleció el subdirector, Daniel Galleguillos, lo designaron para hacerse cargo de la sección de reclamos El Dedo en la Llaga. Las denuncias eran telefónicas y también presenciales: “Así fue como llegaron de a poco varios clientes frecuentes del diario, habitués, como el ‘Papillón Chileno’, el presidente del gremio de los salvavidas, un tal Vietnam Morales y un gordito que bailaba *rock and roll* con sus tres hijas en ‘Sábados Gigantes’. Iban prácticamente

todas las semanas, con cualquier chiva, para que su nombre apareciera publicado en el diario. Puros pintamonos”.



Al “Tico” también le tocó hacerse cargo de la recepción, entrevista y certificación de requisitos de las candidatas a los concursos Miss Costa Azul, Miss Verano, Miss Tanga y Miss Minifalda. Para eso tenía una regla y una marca en la pared para chequear que cumplieran con la estatura mínima de 1.65 y después les preguntaba sobre su signo zodiacal, estado civil, mascotas, personajes que admiraban, deportes y *hobbies*: “Llegaban por docenas las chiquillas y eran todas bien encachadas para ser un concurso popular. Siempre nos fue bien con estos certámenes, que fueron la antesala de la Reina del Festival de Viña y la Reina Guachaca”. A una de esas convocatorias, recuerda, llegó una mujer adulta, excedida de peso, con bikini plateado y cadenas. Venía en representación de una *boite* de provincia: “La bautizamos la ‘Gatita Espacial’ y nos costó un mundo dejarla fuera del concurso porque se ponía cuática”.

Trabajar en el diario en esa época fue inolvidable para Leiva y con acuerdo en que se hacía con puro corazón. “Se trabajaba ene. La mayoría llegábamos temprano y nos quedábamos hasta la

noche a esperar la edición impresa. A mí eso me trajo muchos problemas en la casa. Al principio era todo muy controlado y había harta autocensura, pero de a poco nos fuimos soltando. No éramos el Fortín Mapocho, pero por ejemplo cuando mataron a José Carrasco Tapia (en septiembre de 1986), en represalia por el atentado a Pinochet, el dire tituló sin asco ‘Asesinado periodista’, no le tembló la mano. *La Tercera* se estaba corriendo y se vio obligada a cambiar la segunda edición. No llevaba nada en portada y en la noche puso una huincha negra de lado a lado, pero no el título principal. Nuestra crónica partía diciendo: ‘Un autodenominado Comando 11 de Septiembre, de desconocida tendencia política...’. Era una ironía, estaba diciendo que habían sido los milicos. La sección Gremios también era puntuda. Parecía inofensiva, pero eran dos páginas diarias donde salían tupido y parejo Manuel Bustos y Rodolfo Seguel criticando al régimen y llamando a las protestas, además de un montón de comunachos de segunda línea que estaban al frente de sindicatos de todo tipo. Juan Luis Bonell hizo un gran trabajo ahí. Era muy respetado por los sindicalistas y entre líneas lo mandaba a guardar. Cuando llegó al diario pesaba como 140 kilos, era un oso, pero de pronto se puso a hacer karate y natación y quedó como un palillo. Era medio retraído y como tonto para los sánwiches de queso. Una vez se fue de vacaciones y se le quedó en una gaveta y bajo llave un kilo de queso que había comprado. El olor era insoportable, parecía que tenía un guarén muerto en el escritorio. Tuvimos que descerrajarlo. Ahí también tenía unos papeles amarillentos con todos sus contactos y una taza de té con sarro que nunca lavaba”.

De Diozel Pérez dice que fue una figura paternal para él y que como tal le perdonó muchas caídas, sobre todo al frasco: “Era un tipo que tenía mucha experiencia y manejo en el periodismo. Venía de las mejores escuelas que eran *Clarín* y *La Tercera*, que en los 80 era más de batalla y no tan estirada y aspiracional como ahora, y además tenía una excelente pluma, escribía muy bien. No era de la academia, era del oficio, del periodismo real. A mí me agarró buena altiro, aunque yo era bastante cucarro. Me perdonó un montón de indisciplinas y me dio puestos de confianza, como editor nocturno. Nada que decir de él, un tipo muy encachado. Pasaba rodeado de los perros que tuvo en el diario: la ‘Peta’, el ‘Teletón’, la ‘Yoko’, el ‘Romeo’, el ‘Meta’. Siempre llegaba uno nuevo, parece que se pasaban el dato. El ‘Teletón’ fue el más insigne de todos. Una vez trató de morder a una visita, así que lo guardaban cada vez que llegaba un alcalde, un

parlamentario o cualquier otro palogruoso. Eso sí, como dormía en la oficina del dire, las visitas se iban con la ropa llena de pelos”.

El “Tico” siempre fue muy ingenioso, pero también peligroso. Una noche que estaba solo de turno escuchó en la radio que habían encontrado a una persona fallecida en una playa del litoral central. No se sabía si se había ahogado o la habían matado. No había ni un dato. Pidió parar la prensa, hizo una nota breve a una columna y cambió el titular principal del diario, pese a la resistencia de la gente del taller: “Hay cadáver en la playa”, puso. Al día siguiente Diozel lo subió y bajó delante de todos, pero al poco rato se andaba riendo solo. En otra oportunidad acompañó a un colega a una conferencia de prensa de la cantante y actriz Libertad Lamarque, que venía a un programa de televisión que conducía Antonio Vodanovic. Les pidieron a todos los periodistas que por favor no le preguntaran de un intento de suicidio que había protagonizado en un hotel chileno en los años 40 porque ya tenía sus años y eso la afectada. Leiva picaneó a su colega para que preguntara por este hecho. “El periodismo debe ser valiente, no aceptes que coarten tu libertad de expresión”, le decía como *pulga en la oreja*. El aludido formuló la pregunta prohibida y *quedó la zorra*. “A la mujer le dio un soponcio, a Vodanovic se le puso el pelo verde y casi no hay programa”, recuerda entre risas el “Tico”. Otra salida de la que hoy se arrepiente fue cuando fue a una comida de fin de año de un ministerio, se le pasaron las copas en el cóctel, lo sentaron en la mesa de una subsecretaria, ella pidió de bajativo un menta frappé y él dijo en voz alta que ése era un trago de *chimbirocas*.

Claudio Leiva Cortés, el chico sencillo de Ñuñoa, trabajó en *La Cuarta* hasta 2005. De ahí pasó por *La Segunda* y *La Nación*, “y como no me llamaron del *New York Times*, hoy estoy feliz de la vida en la agencia informativa *Aton Chile*”.

CAPÍTULO 12: LAS PERIPECIAS DEL “FINO”

Antes de llegar a *La Cuarta* como jefe de Fotografía, en 1984, Juan Alberto Barra Peña (1-12-54), el “Fino” Barra, vivió años agitados. En 1972 estudiaba en la Escuela de Artes Gráficas cuando le avisaron que había un cupo para trabajar de laboratorista en la Oficina de Informaciones de La Moneda. Él sabía de eso, ya que en casa tenía un laboratorio que le había regalado su abuelo y su padre, un reconocido fotógrafo de la época, el “Cuadrado” Barra, le había enseñado bien el oficio. Quedó *altiro*, a las órdenes de Luis Orlando “Chico” Lagos, encargado oficial de los reportajes gráficos de Salvador Allende. Estuvo tres meses en el laboratorio y después debió salir a reportear a la calle porque faltaban manos. En agosto de 1973 sacó una foto que apareció en casi todos los medios. En ella aparecía el diputado del Partido Nacional Juan Luis Ossa Bulnes disparando con un arma en la esquina de calles Bandera y Compañía, afuera del Congreso Nacional, en medio de disturbios.

Después de este episodio se fue a *El Siglo*, donde lo pilló el golpe de Estado. Ese día llegó a las 7 de la mañana a buscar sus máquinas fotográficas y en la puerta había un militar que le dijo *sáquelas y váyase rapidito*: “A las 9 de la mañana estaba en la zona cercana a La Moneda, pero me cagué de susto y me fui caminando y llorando para mi casa, hasta el paradero 30 de la Gran Avenida. Estuve tres meses encerrado sin salir ni a la esquina. Un día los milicos allanaron mi casa y se metieron hasta mi pieza. Me pidieron los documentos, les dije que estaban en el velador, los miraron y se fueron”.

En 1977 trabajó unos meses en *La Nación*, bajo las órdenes de Silvia Pinto, esposa de quien luego sería subdirector de *La Cuarta*, Daniel Galleguillos. “En esa época me decían el ‘Loco’ Barra y me juntaba con mis colegas el ‘Loco’ Mella y el ‘Loco’ Muga para ir al Bim Bam Bum. En una ocasión Silvia Pinto me pauteó para que estuviera el día siguiente a las 7 de la mañana en el Club Hípico, para los cotejos de los caballos. Chupé toda la noche anterior e inventé que había chocado en moto cuando iba camino a la hípica. Falté cuatro días y cuando llegué me dijeron que la señora Silvia quería hablar conmigo. Me dice: *Juan Barra, usted no vino a trabajar domingo, lunes, martes y miércoles y aparece hoy*. Le cuento lo de la moto. Me pregunta: *¿Usted toma? Porque tiene hartas fallas hacia atrás*. Yo le digo que sí tomo, y harto. Y me pide: *Venga a trabajar aunque esté con la caña, por favor; yo tomo mano a mano con los hombres y vengo*

igual a trabajar. Yo le respondo que eso es porque ella toma puro whisky y yo solo vino bigoteado, que me hace doler la cabeza”.



De ahí se fue con su esposa y su hijo pequeño a Arica. Allí trabajó sacando fotos a escolares, hasta que apareció una publicación en *La Estrella* que decía que había una persona desconocida en la ciudad que estaba fotografiando a hijos de militares en los colegios: “Me volví rajado a Santiago, porque temí que me detuvieran y me hicieran desaparecer”. Ese año le llegaron los documentos para ingresar a la Unión de Reporteros Gráficos, lo que lo hizo sentirse un poco más seguro. Trabajó un mes en *Foto Sport*, luego en *Estadio* y de ahí pasó a *La Tercera*.

“Una noche de viernes que estábamos en una comida de la Unión de Reporteros Gráficos, en la comuna de San Miguel, Jaime Bascur me pregunta dónde estaba trabajando y le cuento que en *Estadio*. Me invita a irme a *La Tercera* y le digo que ningún problema. Eran las 2 de la mañana y me dice que me presente a las 8 de la mañana. Maricón el culiao, sabía que no iba a llegar. Me fui para la casa y a las 7 mi taita me botó de la cama. *Partiste*, me dijo. Llegué a las 8 y no había nadie. Me senté a esperar con mi Minolta con lente fijo al cuello. Al rato entra corriendo el

periodista jefe de Policía y grita: *un gráfico, rápido*. Solo estaba yo. *¿Y tú?*, me dice. *Tenés pura cara de ‘Cuadrado’*. *¿Eres hijo del ‘Cuadrado’ Barra?* Sí, le digo. *¿Qué hueá estái haciendo acá?*, me pregunta. *Me citaron para venir a trabajar al diario*, le respondo. *Ya poh, vamos*. Partimos a una balacera con tres muertos en Vicuña Mackenna con Avenida Matta. Llego al diario, revelan las fotos y me retan porque no tomé color. Les dije que no tenía película color, que no trabajaba ahí y que estaba haciendo una gauchada. Trabajé todo ese sábado y el domingo también. De ahí me llama el subdirector, Héctor ‘Tito’ Olave, me pregunta si soy colegiado y me manda a Contabilidad para que me hagan un contrato. Se equivocaron y me contrataron con un súper buen sueldo. Todos los fotógrafos ganaban uno y yo tres. Estuve cinco años en *La Tercera* y cuando me fui a *La Cuarta* nunca me arreglaron porque ganaba mucho”, recuerda.

Barra dice que no tenía muchas ganas de irse a *La Cuarta* porque se sentía bien en *La Tercera*, pero el “Gato” Gamboa, que era amigo de su padre, le dijo “te vas conmigo” y no le quedó otra, fue uno de los elegidos. Al partir el diario, Diozel lo nombró jefe.

El “Fino” dice que para él esa primera época fue bien sufrida: “Estando en *La Tercera* le saque una foto en los tribunales al ‘Fanta’ (Miguel Estay Reino, ex militante comunista que luego del golpe colaboró con los aparatos de represión de la dictadura, entregó a decenas de sus ex compañeros de filas y hoy está condenado a cadena perpetua por integrar el comando que en 1995 degolló a José Manuel Parada, Santiago Nattino y Manuel Guerrero) y eso me condenó. Me seguían de la CNI a todas partes. En la noche llegaban hasta tres Opala negros a la esquina del pasaje donde vivía. Un día nos invitaron con mi señora a un matrimonio y fuimos en mi Fiat 600. Como falló la música, partí con mi compadre a buscar mi equipo. Vamos saliendo y me dice: *Hay dos autos en la esquina, ¿no lo andarán siguiendo?* Pasamos a echar bencina y quedamos rodeados por los autos. Me bajé y les fui a preguntar: *¿Me andan siguiendo?* Andaban todos de terno. *Para qué lo vamos a seguir si no ha hecho nada malo*, me dijeron. Después siguieron pasando por la fiesta. Era un amedrentamiento descarado. El lunes fui a hablar con Diozel Pérez y le dije que estaba asustado. No sé qué habrá hecho, pero nunca más me siguieron”.

“Con el viejo tuve una muy buena relación -dice sobre Diozel-. Yo le hice diez mil cagadas. Me llamaba a la oficina, me retaba bien retado y yo le rebatía. Una vez me alegó que había llegado a trabajar curado. Yo le dije que eso era falso, que había llegado sano y curé en la pega,

después de una conferencia de prensa. Se cagaba de la risa. Es que yo soy así, auténtico. Una vez me dijo: *Yo a usted lo elegí jefe y los jefes son gente de confianza, así que dígame con quién chucha estuvo chupando ayer en El Marino que no vino a trabajar. Ah, le dije, eso no se lo puedo contar porque estaba fuera del diario y es mi vida privada. Y sabe que más, renunció a la jefatura.* Tenía que haber delatado al ‘Tico’, al ‘Loco’ Rojas y a otros, y eso no lo iba a hacer. **Renuncie por escrito**, me dijo. *No, de palabra, igual como me nombró usted*, le respondí. Poco después llevó al ‘Perro’ Morales como jefe de Fotografía.

Juanito Barra siempre fue muy querido por todos. Era un buen compañero para salir a reportear y una gran compañía a la hora de comer y beber, aunque nunca pagaba una cuenta o a lo más aportada con luca. Su calidad profesional era indiscutible, pero tenía todos los vicios de la vieja escuela. Dejó *La Cuarta* en 1997, tras lo cual trabajó un tiempo en la revista *Triunfo*. De ahí no supo de medios. Hoy saca fotos en colegios y jardines infantiles.

CAPÍTULO 13: LA PRIMERA REPORTERA GRÁFICA

Solange Odette Stade Diturbide (15-5-1962), la “Solangecita”, la “Flaca”, fue la primera mujer que trabajó como reportera gráfica en *La Cuarta*, algo que, según sus palabras, “fue todo un desafío”. Estudió Comunicación Audiovisual en el Instituto Profesional IACC y se especializó en fotografía. Marilú Urquieta, madre de una amiga y periodista del suplemento De Mujer a Mujer de *La Tercera*, la llevó a hacer su práctica profesional de tres meses a la publicación. Al cumplirse este período, le ofrecieron ir contratada al naciente diario popular y dijo con entusiasmo que *bueno ya*. Iba a ser su primera *pega* remunerada, con un sueldo de *35 lucas*. Si algo le llamó la atención del poco tiempo que llevaba en Copesa, fue que los dueños, los Picó, tenían mucha cercanía con la gente: “Don Germán era de ir al casino o parar a conversar con cualquiera en un pasillo. No importaba la pega que uno hiciera, para ellos tenía un valor conocer a las personas. Yo llevaba unas pocas semanas y don Germán ya me saludaba por mi nombre”.

“Llegué a *La Cuarta* unos pocos días antes de su partida. Era un lugar donde no conocía a nadie. La mayoría de los profesionales eran de diario y yo, de suplemento, del segundo piso de Copesa, que era un mundo aparte, más de minas. Mi recuerdo patente es que nadie en la empresa tenía muchas expectativas ni se imaginaba lo bien que le iba a ir al diario. Era un proyecto nuevo, de lectura fácil, de corte más humorístico. Se hacía con el papel sobrante de *La Tercera*, que era de muy mala calidad, y tenía pocas hojas (20 a 24 páginas). Era un experimento y nos empezó a ir súper bien apenas salimos a la calle”.

En esos días previos conoció al “Gato” Gamboa y se formó una muy buena opinión de él: “Tenía una potente historia que lo antecedía. Hablaba mucho del periodismo antiguo, de salir a buscar historias, de husmear y meter la nariz hasta que a uno le den un portazo, de no quedarse echado en la silla. Era relajado, bonachón, muy risueño y se notaba que iba con la verdad por delante. Yo sentía que era una especie de profesor”.

Su trabajo en el hangar de *La Cuarta* distaba bastante de lo que había hecho hasta entonces y de lo que le enseñaron en su instituto: “La foto de suplemento era más formal, más cuidada, se hacía con más tiempo. Acá era todo con inmediatez e impacto. Teníamos tambores de película

blanco y negro y salíamos con cargas de 25 cuadros. Cuando llegábamos de reportear las dejábamos en el laboratorio y quedábamos a la espera de otra orden. Era entrar y salir del diario”.

Como era la única reportera gráfica de los medios de Copesa (otras dos estaban en suplementos: Virginia Yurisc y Carmen Gloria Escudero), cuenta que todos sus colegas le enseñaban las claves del oficio y la cuidaban cuando debía cubrir temas *peliagudos*. Pese a ser un diario marcadamente machista, afirma que el trato era igualitario y deferente: “Siempre me sentí tratada con respeto, además que yo tengo mi carácter y no iba a dejar que me pasaran a llevar. Lo único que no hacía era fotografiar los concursos de mujeres o los shows de los locales nocturnos, eso quedaba para los hombres. Lo que odiaba, pero no me podía negar, era ir a las procesiones a la Virgen de Lo Vásquez, para el Día de la Inmaculada Concepción. Era caminar kilómetros a pleno sol con el bolso con la cámara, el flash y tres lentes colgando del brazo. Un calvario”.

Lo que más me gustaba era que en todas las secciones estaban siempre encima de la noticia y los periodistas sabían mucho de sus áreas: “Una vez fui a reportear con Daniel Díaz al tenis de menores. Me dijo: *Acuérdate de esa cara, que nunca se te olvide*. Era un cabro chico que jugaba con el gorro para atrás y parecía que era bueno. Era Marcelo Ríos. Ése estar a caballo en tu tema, saber de lo que estás hablando, lo encontraba admirable. Cuando el ‘Chino’ Ríos fue número 1 del mundo me acordé de Daniel. Eso me asombraba de los periodistas del diario. En *La Tercera* siempre nos miraba en menos, como el pariente pobre, pero cada vez que podíamos les tapábamos la boca con algo. Nuestros periodistas estaban todos bien informados, tenían redes, contactos y olfato, sabían dónde ir y a quién preguntar. Quizás eran menos glamorosos que los de *La Tercera*, pero eran tan capaces como ellos. Era un equipo compacto y todos tenían claro lo que querían. El diario nunca daba la hora, estaba en todas. Yo lo único que deseaba era que mis fotos sirvieran para *La Cuarta*, ése era mi desafío. No éramos de beso y abrazo con los colegas, pero nos respetábamos, admirábamos y estimulábamos”.

Stade recuerda que los hombres del diario eran de juntarse a conversar en torno a una botella, a una *linterna con cuatro pilas*, y nunca la invitaban porque la respetaban y ése era su Club de Tobí: “A mí no me molestaba que bebieran. En el contexto que vivíamos era como ir a tomar un café, juntarse a compartir y evadirse un poco de lo que pasaba en el país, ya que era una época jodida y difícil de sobrellevar. A veces se les pasaba un poco la mano, pero Diozel les perdonaba

todo, no era estricto en ese sentido. Supongo que pensaba que como eran personas creativas, necesitaban tener su espacio de libertad, su válvula de escape. Además, frente a las cosas importantes jamás le fallaban, estaban en la primera línea. Había permisividad, pero también exigencia. Eran un equipo de calle, 4x4. De lo que supuestamente botó la ola salió algo maravilloso, gente con una mística de la que no éramos conscientes en ese momento. Eso lo valoré mucho después que me fui y trabajé en otros lados”.

Aprendizajes de su paso por *La Cuarta* dice que tuvo muchos, que conoció a muy buenas personas y profesionales: “Siempre había espacio para echar la talla de un lado a otro porque la separación de las secciones era imaginaria, no había corrales. El subdirector, Daniel Galleguillos, sabía mucho y daba clases de periodismo todo el tiempo. Julio Carrasco, jefe de Crónica, era de más bajo perfil y le faltaba autoridad, como que estaba esperando la jubilación, pero tenía sintonía fina con Diozel. Fumaba, fumaba y fumaba. Lo veía pensar, pero no hablaba mucho. Mi relación con él era buena. Creo que me quería hartó y todos lo querían a él. El editor nocturno, Mario González, el ‘Tata’, era paternal y amoroso, siempre me enseñaba cosas. Pedro Rojas, periodista de Crónica, rezongaba por todo, era un cascarrabias que siempre andaba con la nube encima de la cabeza. De mis compañeros fotógrafos, Juan Barra era muy aperrado, picarón y chistoso. Siempre decía *ésta es mi arma*, levantando su cámara. El ‘Perro’ Ariel Morales tenía fama de jodido, pero era un gran jefe. Iván Rojas, que fotografió a la Mujer Metrallera, era el mejor de todos. Era como un hermano mayor, generoso y talentoso, que me enseñó mucho de fotografía. Me enterneceba mucho porque tenía soledades profundas y era súper osado, sentía que tenía poco que perder. Tenía el reporte metido en la piel y se iba con la cámara para su casa, no la soltaba nunca”.

Las protestas contra la dictadura y la violencia de esos años también la marcaron: “Como era de las pocas reporteras gráficas que andaba metida en medio de los desórdenes, los compañeros me protegían. Ahora las mujeres estamos empoderadas, pero en esa época no era habitual y además era mi primer trabajo y estaba aprendiendo. Siempre que había una marcha, salía con pañuelo, sal y limón. Recuerdo que durante un turno de domingo estábamos con el chofer Juan Mejías tomando sol y fumando un pucho en el estacionamiento, cuando vemos que pasan rajados por Vicuña Mackenna unos autos de Investigaciones con balizas. Dos, tres, cuatro, cinco autos.

Era muy raro por el día y la hora. Mejías, que tenía alma de periodista y pololeaba con una detective, me dice: *Ya, flaca, agarra la cámara y vamos*. Avisé al jefe, Julio Carrasco, y partimos. Llegamos hasta el Cajón del Maipo y nos cortaron el acceso. Había un enorme operativo con helicópteros, militares, carabineros, ratis. Habían atentado contra Pinochet (7 de septiembre de 1986) y nosotros fuimos los primeros en llegar. En esa época no existían los celulares para avisar. Nos preguntaron qué hacíamos ahí y con Juan nos miramos y dijimos que andábamos reportando. Habíamos llegado por la intuición de que pasaba algo importante, por la copucha, nadie nos había enviado. Ahí aprendí que la proactividad es algo muy importante. El periodismo era de olfato en esa época, de tincada, de guata. Después llegaron colegas de otros medios y nuestros relevos. Cuando llegué a mi casa, vi las noticias y me hice el cuadro completo de lo que había pasado. Nosotros teníamos las primeras fotos del operativo. Les conté a mis papás y no lo podían creer. Al mes siguiente me tocó el caso Quemados, que también me impactó mucho. Con la periodista María Elena Correa seguimos el tema desde que Carmen Gloria estaba en el Hospital del Trabajador y no se sabía si sobrevivía a o moría hasta que partió rumbo a Canadá. Yo no era de fierro; esas cosas me daban pena, rabia e impotencia. Después de cada protesta venía el recuento de los presos y los muertos. Fue una época oscura”.

Según ella, las críticas de que *La Cuarta no se mojaba el potito* eran muy injustas. “Los periodistas eran conscientes de lo que pasaba en el país y hacían lo posible por informar. Jamás eludíamos una protesta o una muerte. Íbamos a reportear a La Victoria y a otras poblaciones. Es cierto que predominaba la chacota, pero entre broma y broma se contaba lo que pasaba. Poco a poco se fue rompiendo el cerco informativo que había impuesto la dictadura y esa fue una conquista de todos los periodistas del país, incluidos los nuestros. Ésa es mi opinión”, dice.

Diozel Pérez siempre les pedía a todos que contestaran los teléfonos, que no los dejaran sonar, porque detrás de cada llamada podía haber una gran historia que contar. Una mañana de octubre de 1990, la “Flaca” respondió una llamada que la dejó mal: “Contesté y una voz de hombre me dice: *Ustedes lo mataron; están contentos ahora, asesinos*, y colgó. A Gervasio lo habían encontrado colgado. Él había estado preso, acusado de violación, y el resultado fue el que todos ya conocemos. *La Cuarta* había publicado mucho de ese caso y eso nos hacía ver culpables. Yo

ahora pienso que por el afán de impactar no se dimensionaron las cosas, pero era otra época. Si no tenías esa noticia, no cumplías el objetivo del diario. Era la vieja escuela”.



Sobre Diozel Pérez, dice que en el diario supo que compartían el mismo árbol genealógico: Él era hijo del segundo matrimonio de una tía abuela suya. “Era cercano, accesible y siempre tenía abiertas las puertas de su oficina. También era simpático e ingenioso, muy cléver. Lo que más admiraba de él era cuando se encerraba en su oficina a hacer la portada del diario con el ‘Teletón’, su mascota, y salía con un título chispeante que a nadie se le hubiera ocurrido. Era un ritual. Diozel era el director para *La Cuarta*, no podía haber sido otro. Pero, por otro lado, lo encontraba poco prolijo, poco exigente, como que no estaba encima de las cosas. No propiciaba

el debate ni el intercambio de ideas. Además, llevaba a sus pololas al diario y mezclaba los mundos. Siempre andaba impeque, elegante, de punta en blanco. Era pretencioso, galán y picaflor. Yo creo que pololear con él debe haber sido entretenido, porque era un gallo que tenía muchas historias”, cuenta la “Flaca”.

Solange Stade se retiró en 1991 de *La Cuarta*, tras lo cual trabajó en algunos sellos discográficos y en la disquería Musimundo de Argentina. Hoy es coaching ontológico y hace consultorías en el área de recursos humanos en diferentes empresas.

III PARTE: CASOS EMBLEMÁTICOS

CAPÍTULO 14: EL “ILUMINADO” DE VILLA ALEMANA

Un caso que ocupó muchas páginas del diario en esta época, y que fue reportado de principio a fin a lo largo de los años, casi con obsesión y como una verdadera cruzada contra el engaño a la fe religiosa, fue el del “vidente” Miguel Ángel Poblete y “la gran farsa” de sus contactos místicos con la Virgen del Carmen en el cerro Membrillar (luego llamado Monte Carmelo) de Peñablanca, en la comuna de Villa Alemana.

La historia partió en junio de 1983, cuando diversos medios de prensa, como el noticiero 60 Minutos de *Televisión Nacional*, comenzaron a informar sobre supuestas apariciones de la Virgen ante un joven huérfano de 16 años, “con antecedentes de mitómano y marihuanero”, diría *La Cuarta*, que siempre desconfió del *chanchullo*. Según el diario, al comienzo nadie le dio mucha bola a este joven y solo llegaban unos cuantos *pelagatos* a avivarle la *cueca*. Pero el fenómeno fue cobrando fuerza, alimentado por publicidad radial y el aval de varios religiosos, y cada vez acudían más personas hasta la localidad de la Región de Valparaíso para presenciar *en vivo y en directo* los bien montados shows del “iluminado”. Se habló de multitudes de hasta 150 mil personas agitando pañuelos blancos, muchas de ellas llegadas desde el extranjero en buses.

El entonces obispo de Valparaíso, monseñor Francisco de Borja Valenzuela, ordenó investigar el caso al sacerdote Jaime Fernández, tras lo cual prohibió a los curas de su diócesis que asistieran al cerro Membrillar y llamó a los católicos a no dejarse llevar por esta “sugestión colectiva”. Pero el fenómeno era imparable. Según *La Cuarta*, el show continuó *a todo ritmo* y en una de sus más célebres performances el “iluminado” llamó a sus seguidores a poner la imagen de un pez (el ictus, acróstico secreto que simbolizaba la fe de los primeros cristianos) en la puerta de sus casas para salvarse de un devastador terremoto que estaba por ocurrir. La figura se podía ver en hogares de todo el país. Ante esto, el diario se dio a la tarea de *echar al agua* al “profeta rasca”. Y lo hizo de manera frontal.

La Cuarta relata que, en vista de la gran aceptación popular que tuvieron todos estos numeritos, los socios del “iluminado” abrieron una cuenta corriente para erigir un templo, editaron una revista y armaron espectáculos cada vez más truculentos, con reflectores y altoparlantes, para aprovechar la *gallina de los huevos de oro*. Se sumaron trances, desmayos y hasta sangramientos

del “consumado actor”, que en 1985 dijo que, según mensajes de la Virgen, las mujeres no debían usar pantalones en la eucaristía, había que tener cuidado con el comunismo, era un regalo de Dios tener a Pinochet de gobernante, el mar se tragaría varias naciones e iban a aparecer personas con autoridad que eran enviados de Satanás. Según escribían los reporteros del diario que fueron a ver las apariciones del cerro, aparte de sed e insolación no sintieron nada más: “Fue un fraude que *La Cuarta*, la vidente, descubrió de una patada”, publicaron.



Con el paso del tiempo el fenómeno fue decreciendo a medida que se acercaba el plebiscito de 1988 y años más tarde se confirmaría un rumor que circulaba con fuerza: que toda la pirotecnia era un montaje articulado por la dictadura a través de la Central Nacional de Informaciones (CNI), dirigida en esos años por el general Humberto Gordon, para desviar la atención de las protestas y las violaciones a los derechos humanos. El sacerdote Jaime Fernández, encargado de investigar las “apariciones”, reveló que el nuncio apostólico de la época, Angelo Sodano, pidió ocultar la situación para no tener problemas con la dictadura. “Digan que es falso, pero no digan quién lo montó”, les pidió, según Fernández.

Pero *La Cuarta* jamás le perdió pisada a Miguel Ángel Poblete y le dio *como bombo en fiesta* cada vez que pudo, de una manera que hoy no sería aceptable. En 1989 publicó que, luego de un par de años quitado de bulla, “fue objeto de un milagro del bisturí y reapareció convertido en ¡mujer!”, que se hacía llamar “María Angélica”, que “se quería casar y ser mamá” y que “se le dio vueltas el paraguas irremediablemente y en eso la Virgen no tuvo nada que ver”. En 1994 publicaron fotos suyas bailando en una discoteque.

En 2002 se supo que Miguel Ángel se sometió a una operación de cambio de sexo en Argentina y que se cambió el hombre por el de Karol Romanoff. El 27 de septiembre de 2008 falleció a los 42 años producto de una hemorragia digestiva y fue sepultado en el Cementerio General de Santiago.

CAPÍTULO 15: LA “MUJER METRALLETA”

El jueves 17 de mayo de 1990, un equipo del diario se dirigía rumbo al centro en un vehículo conducido por Antonio Sepúlveda. Iban el periodista policial José Manuel García y los reporteros gráficos Iván Rojas, el “Loco”, y Ariel Morales, el “Perro”. Eran alrededor de las 10 de la mañana y circulaban por Vicuña Mackenna echando la talla, cuando tras pasar Avenida Matta Ariel advierte que hay un sujeto con un arma, un fusil M-16, en medio de la calzada. Era un comando del Movimiento Juvenil Lautaro que estaba asaltando dos bancos en forma simultánea en la esquina con calle Porvenir. Iván pide que detengan el auto, pero como el chofer se pone nervioso y continúa su marcha a baja velocidad, abre la puerta y se lanza sobre el asfalto como en las películas. Quedó *de guata* frente a los asaltantes y comenzó a disparar con su cámara.



“Ese día íbamos a dejar a Iván a una pauta y yo iba a seguir con José Manuel a los pacos. Yo viajaba atrás a la derecha e Iván a la izquierda. Grité que había un hueón con metralleta en la calle e Iván se lanzó del auto en marcha, en medio de la histeria de los transeúntes y los gritos de *agáchense*. García y yo nos parapetamos detrás del auto. También saqué fotos, pero las de Iván

fueron las mejores. Fue muy arriesgado lo que hizo. Yo recién había sido papá y se me pasaron mil cosas por la cabeza. Si hubiera ido en el lugar de Iván no sé si habría sido tan arrojado. A él no le importaba nada. El asalto no duró más de 10 minutos. Cuando los delincuentes se fueron, uno le gritó a Iván: *Se van a hacer famosos*”, relata Ariel.

El comando, integrado por siete sujetos y liderado por una mujer de baja estatura, con jeans, bototos, lentes oscuros, pelo ondulado y una ametralladora Uzi, robó 4 millones de pesos y huyó en una camioneta Volkswagen Saveiro contra el tránsito por calle Porvenir.



“Yo me llevé los rollos de fotos al diario para que no los confiscaran. Revelamos a toda marcha y al rato llegaron de la Dirección de Inteligencia de Carabineros (Dipolcar) y de Investigaciones a pedirnos que les entregáramos todo. Les pasamos ampliaciones de 18x24. Ese día Iván empezó a dar entrevistas a todos los canales. Él no tenía apego a nada y era capaz de dar su vida por una buena imagen. Derrochaba adrenalina”, recuerda Ariel. “Los días siguientes fueron terribles. Nos llamaban al diario para decirnos que nos iban a matar por haberles pasado las fotos a la policía, *a voh y al otro hueón*. Yo no quise hablar en ningún medio, quería seguir viviendo. Nos podían haber matado. No lo hicieron solo porque estaban concentrados en el asalto”.

La noche del golpe periodístico Iván celebró junto a sus colegas en el bar El Marino, a puertas cerradas y hasta las 2 de la madrugada. Fue el único reconocimiento que tuvo por este acierto que le pudo haber costado la vida. En una entrevista de 2009, para la edición aniversario de los 25 años de *La Cuarta*, recordó cómo inmortalizó a la “Mujer Metralleta”, que luego fue identificada como Marcela Rodríguez y que tras recibir un balazo que la dejó parapléjica, cuando los Lautaro intentaron rescatar a su compañero Marcos Ariel Antonioletti desde el Hospital Sótero del Río, desde 2006 cumple pena de extrañamiento en Italia por asociación ilícita terrorista: “Estaba rodando por el piso y tomando fotos cuando aparece ella y todos se suben a una camioneta roja. Me paré y corrí detrás para tomarles más fotos y uno de los tipos me gritó: *¡Ya, poh, cabréate!* Mucho tiempo después un periodista la entrevistó antes de que se fuera del país, le contó que había trabajado conmigo y ella le dijo: *Dile que no lo quisimos bajar (matar)*. Eso era algo que yo tenía que hacer, y si tuviera que tomar de nuevo la decisión no lo dudaría, porque siempre sentí pasión por mi trabajo”.

Iván Rojas era un “Loco” lindo y cariñoso, de esos que saludaban con un beso en la cara a sus amigos y les apretaba los cachetes. A veces llegaba al diario manejando un Mini sin parabrisas o un monopatín. Tras dejar *La Cuarta* y deambular por algunos medios, se dejó barba de ermitaño y se fue a vivir como tal a Quintero, donde en 2015 fue hallado muerto...

IV PARTE: LOS VALORES AGREGADOS

CAPÍTULO 17: ESCRITO EN “CHILENO”

Informar y al mismo tiempo entretener, a través de un lenguaje coloquial, ingenioso, creativo y, cuando era menester, humorístico, cómplice con el lector, era parte de la *pega* de los periodistas de *La Cuarta*. Según Diozel Pérez, involucraba un doble o triple esfuerzo y por eso no era fácil llenar las vacantes que se producían en el diario. En este afán, y usando sus palabras, muchos *daban la hora con castañuelas*. Los más viejos lo traían en el ADN, pero las nuevas generaciones no tenían esa formación. En las universidades no se fomentaba la escritura creativa y menos el humor. Por eso, cuando se seleccionaban estudiantes en práctica, más que las notas, importaba cómo escribieran y que tuvieran calle, que fueran receptivos de la cultura popular. Eso significaba que conocieran las voces de una feria libre, del estadio, de la construcción, de la locomoción colectiva, de los vendedores de helados *para la sed y la calor*, que no hubieran estado encerrados en su *metro cuadrado*.

“Si un trabajador viaja una hora y media en micro desde su casa al trabajo, nuestra misión como diario es que se entretenga, que llegue de buen ánimo, que no ande pateando la perra. Si en el trayecto se mata de la risa tres o cuatro veces, ahí podemos sentirnos pagados”, les decía a los periodistas recién llegados. También les recomendaba leer a los redactores más antiguos, ver los cambios que les hacían los editores a sus crónicas, ir a conocer la prensa y sentir el olor a tinta, almorzar en el Matadero Franklin, parar las antenas. En resumidas cuentas, empaparse con el espíritu de *La Cuarta* y desarrollar estilo. Pese a sus recomendaciones, no a todos les resultaba. Muchos, a los que luego les fue bien en otros medios, *no le pegaban ni al quinto bote*. Recordado es el caso de una joven que elaboró una suerte de glosario y que tras escribir de manera formal comenzaba a reemplazar palabras hasta crear un verdadero *Frankenstein*. O el de un joven que en su primer día de trabajo escribió que los detenidos desaparecidos *estaban tocando el arpa con San Pedro*. O los que confundían expresiones: *Más vale pájaro en mano que cuchillo de palo*. Otros sí eran *joyas en bruto*. Traían su barrio en la sangre, aportes de la cultura televisiva y las nuevas expresiones de sus pares. Muchos de ellos fueron contratados tras su práctica y pasaron a engrosar las filas del diario.

Según el lingüista Abelardo Aurelio San Martín Núñez, académico de la Facultad de Filosofía y Humanidades de la Universidad de Chile y miembro de número de la Academia Chilena de la

Lengua, quien ha estudiado el léxico de *La Cuarta* desde sus orígenes, “el equipo de redactores que tenía el diario en sus primeros años, no ahora, poseía una habilidad especial para captar ciertas expresiones del léxico popular y usarlas con hábil pertinencia, ya que es muy fácil cometer la torpeza de combinar palabras y crear un mamarracho. Sabían cuándo y cómo usarlas. Tenían la elegancia de saber elegir la palabra, el juego de palabras, el dicho, el refrán, el neologismo, para provocar risa y hacer que la amenidad perdurara en la memoria. *La Cuarta* buscaba autoidentificarse con lo chileno y yo lo veo a la distancia como un diario de circulación hipernacional. Ése era su contrato de lectura. Los tiempos actuales, en cambio, están marcados por el facilismo y la comprensión rápida, lo que se representa de manera clara por la importancia que adquirió el meme como transmisor de mensajes”.

San Martín, autor de estudios sobre procedimientos de creación léxica, voces de origen lunfardo e influencia de lenguas indígenas en el registro festivo de *La Cuarta*, entre otros, cuenta que sus primeros acercamientos con el diario fueron como lector, siendo niño y adolescente, y afirma que se convirtió en “un gran gozador de algunos artículos que son piezas de lujo, muy sofisticadas desde el punto de vista de la elaboración lingüística”. Dice que “en lingüística se habla de la función poética del lenguaje, que no tiene que ver con la labor del poeta y cierto lirismo, sino que con cualquier elaboración lingüística, como un dicho o un refrán. Yo creo que *La Cuarta*, en muchos sentidos, se ocupaba de poetizar, de recrear el lenguaje para reportar hechos noticiosos. En mi familia, mi padre, que era mayordomo de la Escuela de Teatro de la Universidad de Chile, compraba el diario, que era barato, y yo lo disfrutaba mucho. Tenía la característica de informar con un lenguaje cercano y directo, usando chilenismos, locuciones y sufijaciones provenientes de la oralidad. Eso no lo tenía otro diario. Uno mataba dos pájaros de un tiro: Te informabas y te entretenías. Hasta el día de hoy guardo algunos ejemplares como hueso santo por su léxico y fraseología”.

Según San Martín, lo popular está enlazado con antiguas tradiciones como la cultura medieval del carnaval, que era un mecanismo para liberar tensiones y sobrellevar la miseria, un catalizador, que permitía mofarse del rey, el cura, el gobernador o el alcalde, como los 5 minutos que Don Pío daba a sus empleados en el espacio “La Oficina” del programa de televisión “Jappening con Ja”: “*La Cuarta* se acercaba a su público de manera llana para hacer un carnaval diario y así transmitir

ironías y crítica social. *Clarín* fue un precursor exitoso de este estilo con una vocación política marcada y naturalmente que era más chistoso para los simpatizantes de su ideario. El *Fortín Mapocho* también lo usó y hoy lo hace en alguna medida *The Clinic*".

En su discurso de ingreso como miembro de número a la Academia Chilena de la Lengua, el 20 de agosto de 2018, el académico se refirió al léxico popular como materia de elogio, "porque estoy convencido de que es acreedor de la mayor de las estimaciones", y destacó su importancia en los procesos de creatividad lingüística de nuestra variedad de lengua y "su nexos lógico con la conformación de un estilo particular conducente al reconocimiento de nuestra identidad cultural o chilenidad".

A su juicio, es frecuente vincular lo popular con lo relativo al segmento más empobrecido de una sociedad y que ha tenido un menor acceso a la cultura letrada; es decir, se le equipara con lo vulgar o lo inculto, en términos peyorativos, lo que él estima un prejuicio, ya que el pueblo lo conformamos todos. "Me parece más acertado asociar la idea de lo popular con lo masivo, con lo que es común a todos los integrantes de una comunidad, donde impera el uso extendido o compartido con la mayor amplitud posible. Al mismo tiempo, podríamos aproximar lo popular a lo cotidiano, a lo que es usual en las situaciones de mayor espontaneidad o familiaridad, es decir, con la experiencia del día a día de las personas... Finalmente, lo popular se emparenta con lo tradicional, incluido lo folclórico, debido a que esa cotidianeidad común se asienta en formas de vivir que devienen en prácticas consuetudinarias, las que aúnan a los miembros de un grupo bajo una misma cultura que los identifica y los reconoce", dice.

En el ámbito de los medios de comunicación, San Martín afirma que la necesidad de allegar un público lector más masivo ha devenido en el surgimiento, en todas las sociedades, de la llamada prensa popular, cuya dimensión más atrayente es su acercamiento directo al habla popular, y refiere que hablar de prensa popular chilena implica referirse a *La Cuarta*, diario que hasta antes de su renovación editorial informaba los diferentes hechos noticiosos en un estilo particular, acercándose al lenguaje coloquial en su variante más familiar, no despreciando las voces y locuciones de carácter jergal, ya sean del ámbito juvenil o delictivo. De este modo, su peculiaridad reside no tanto en el contenido de la noticia, sino en la forma en que se la reformula en un lenguaje coloquial, la que está determinada por su perfil de diario popular, es decir, como

un periódico dirigido a un amplio sector de la población, en especial, aquel perteneciente a los estratos sociales medio y bajo”.

Yendo al hueso, el académico destaca que en su léxico festivo *La Cuarta* recurre a metáforas, como *pepa* (ojo), *mate* (cabeza), *quisca* (cuchilla), *pingüino* (estudiante), *chicotear* (apurar), *inflar* (tomar en cuenta), *arrugar* (arrepentirse), *copucha* (chisme) y *percha* (atractivo físico); a la paranomasia, que consiste en una analogía fonética, como por ejemplo *durazno* (duro), *lenteja* (lento), *precioso* (preso), *de acordeón* (de acuerdo), *a la maleta* (a la mala); a la jerga delictiva, que es un afluente importante de italianismos: *bacán* (adinerado, estupendo), *billullo* (dinero), *cana* (cárcel), *mina* (mujer) y *pulenta* (verdad); y a voces indígenas: *guagua* (bebé), *chuchoca* (ajetreo), *cahuín* (chisme), *catete* (cargante) y *charcha* (deficiente).

También resalta el abundante uso de la sufijación apreciativa mediante el diminutivo *ito*, como en *amorcito* (persona amada), *capacito* (posiblemente), *cerebritito* (gestor) y *puchito* (cigarrillo), y que en el caso de adjetivos o adverbios funciona como un intensificador con valor aumentativo: *clarito* (muy claro) y *rapidito* (muy rápido). Otros sufijos con valor aumentativo son *ón* y *azo*: *cariñosón*, *peligrosón*, *calorazo*, *perdonazo*. A esto se suma el acortamiento de palabras, como *muni* (municipio), *ordi* (ordinario), *depre* (depresivo), *entrete* (entretenido), *pobla* (población) y un largo etcétera.

Otra categoría es la combinación fija de dos o más palabras que son reconocidas por los hablantes como parte de su acervo en términos de dichos, modismos, refranes y proverbios, constituyendo un recurso expresivo fundamental y revelador de la autenticidad e idiosincrasia de un pueblo, dice San Martín. En *La Cuarta* proliferan locuciones verbales como *pelar el cable* (enloquecer), *revolver el gallinero* (alborotar), *chantar la moto* (frenar), *destapar la olla* (revelar), *ponerse las pilas* (empeñarse), *meter la mula* (engañar), *echarse el pollo* (marcharse) y *patear la perra* (expresar rabia). También hay casos en que estas fijaciones fraseológicas se subvierten en pos del humor: *sudar la gota obesa* (*sudar la gota gorda*, poner afán en algo), *cutis de ave* (*carne de gallina*, piel de aspecto poroso), *jurar de abdomen* (*jurar de guata*, afirmar enfáticamente).

El académico también resalta que *La Cuarta* recoge la oralidad y crea sus propios neologismos o *cuarterismos*, como la *barra pop* (sus lectores) o los *cumalité* (los socialité del mundo delictual);

emplea marcadores de discurso, como *igual*, *puta*, *cachái*; e incorpora expresiones curiosas como tenía un dolor *de este porte* o este compadre me tiene *hasta aquí*.

A juicio de San Martín, la importancia trascendental de comunicar con este lenguaje popular es que “acerca a las personas a la lectura, lo que permite ejercitar la memoria para entender textos de cualquier extensión y ejercitar la capacidad de procesamiento mental. Nicanor Parra también es un ejemplo de popularidad. *La Cuarta* hizo leer a las personas en forma masiva y rescató el patrimonio lingüístico chileno. Hoy tiene valor histórico y hay varias décadas por estudiar para conocer los cambios lingüísticos que experimentó”.

Sobre los prejuicios que ha generado y genera este estilo, afirma que “el prestigio no es uno solo: existe un prestigio abierto, de comunidad, que tiene que ver con la pronunciación, vocabulario y sintaxis de acuerdo a la norma estándar, al cómo debería ser, y hay otro prestigio encubierto o de grupo, que se refiere a hechos más vernaculares del lenguaje, más informales y espontáneos. El lenguaje popular tiene su lugar y no se puede combatir ni eliminar, pero hay que saber dónde y cómo usarlo”.

El estilo de *La Cuarta* también fue estudiado por Isabel Awad y Guillermo Soto, académicos de la Escuela de Letras e Instituto de Letras de la Pontificia Universidad Católica de Chile, quienes llegaron a una conclusión que fue la que dio nombre a su trabajo investigativo: “La clave está en el lenguaje”. Tras analizar desde su tipografía hasta su amplia variedad de recursos discursivos, pasando por las fotos de las bañistas de portada y la *Bomba-4*, afirmaron que lo que identifica al diario, su valor agregado, es su lenguaje, el que “a través de los diversos recursos gramaticales y discursivos construye un efecto de oralidad que permite establecer una relación de proximidad afectiva con el lector, cautivándolo”.

Los investigadores también dan cuenta de otras formas léxicas usadas por el diario, como el alargamiento de sílabas: *¡guaaa!*, *¡chiquiillos!*, *¡a gozarr!*; recursos rítmicos sacados de ciertas canciones: *¡Si la morena pide máaas, si la morena pide máaas!* *¡Dale lo que quiere!* *¡Bingote, Bingote... qué mala!*; hipocorísticos, que son formas abreviadas de nombres propios, como *Don Lalo* (Eduardo Frei-Ruiz Tagle) y *Don Jecho* (Jesucristo); sustitución de un sustantivo común por otro propio, antonomasia, como *popeyes* (marinos); locuciones hipersémicas, formas analíticas

que tienen fuerte significación connotativa o valorativa: *Pegarse el pique* (ir), *cortar el queque* (decidir algo), *ponerle color* (exagerar), *chantar la moto* (parar); locuciones sustantivas: *patas negras* (amante de una mujer), *pantalones arrugados* (chofer), comparaciones hipersémicas: *más seco que calcetín de legionario*, *más tóxico que lengua de suegra*, *más quebrado que un barquillo*; y apelaciones directas al lector: *¡Atinen, cabros!*.

Según Awad y Soto, a través de diversos procedimientos lingüísticos y discursivos, *La Cuarta* va configurando un lenguaje que la distingue del común de los medios de prensa. Los distintos recursos fónicos, morfológicos, léxicos, sintácticos y discursivos confluyen para producir un mensaje capaz de despertar emociones que van desde la risa hasta la compasión y el rechazo, implicando afectivamente al lector. Esto se consigue mediante recursos propios del habla popular y la incorporación de un registro más próximo a lo oral que el común de los medios; ambas, características relacionadas, pues el lenguaje popular se manifiesta típicamente en la oralidad”.

En sus conclusiones, los académicos afirman que en *La Cuarta* “no sólo importa lo informativo sino también las emociones”, que “tan importante como la información es el vínculo que se construye entre el medio y sus lectores” y que la popularidad del diario no tendría tanto que ver con el sensacionalismo, como se da en los periódicos estadounidenses o europeos, “sino con el empleo de un lenguaje profundamente arraigado en la cultura popular”.

CAPÍTULO 18: EL ARTE DE TITULAR

Los encargados de titular en las diferentes secciones de *La Cuarta* eran los editores, unos con más habilidad que otros. Pero en la portada sólo *metía mano* Diozel Pérez. Y en sus ausencias, que eran *contadas con los dedos de una mano*, Julio Carrasco. Pasaron muchos años antes de que otros periodistas tuvieran esa gran responsabilidad. Cuando *el dire* se quedaba en casa los fines de semana, llamaba por teléfono a quien estuviera de turno para imponerse de los temas del día y luego de algunos minutos dictaba los títulos con puntos y comas. *Y pobre del que le cambiara algo*. Impresa la primera edición, se la enviaban a su hogar y desde allá avisaba si era necesario hacer algún cambio para la edición de cierre. Estaba pendiente 24/7. En esa época no se le recuerda que haya tomado vacaciones, pero cuando así lo hizo llamaba desde donde fuera que estuviera. Cuando delegó esta misión en editores más jóvenes, para poder *desenchufarse*, dejó un mensaje: “Si suena el teléfono y soy yo es porque se mandaron alguna cagada”. Los encargados andaban *con el poto a dos manos*.

Si hubo directores a quienes se les reconoció su ingenio y calidad de buenos tituleros, éstos fueron el “Gato” Gamboa y Diozel Pérez. En aquella época no sólo había que tener chispa, sino que ajustarse a dos pies forzados: El número de golpes que permitía el columnaje y que el título quedara *cuadrado*, que tuviera cierta musicalidad, que sonara *tacatac-tacatac*. Se ensayaba en una carilla hasta que quedara *flor*. Hoy el diseño de los diarios, con diferentes tipografías y fotos intercaladas, no obliga a cumplir con estos requisitos.

Jaime Chamorro, que trabajó como editor de *Crónica* y *La Vuelta al Mundo* en *La Cuarta* antes de jubilar, dice que admira la capacidad de Diozel para sintetizar con gracia el contenido de una noticia, para usar las palabras justas. “La portada es una vitrina, un gancho para comprar el diario, y tiene que ser atractiva, vendedora. *El dire* tenía condiciones especiales, facilidad y capacidad, para hacer buenas portadas, que después eran comentadas y celebradas en la televisión y por los colegas de otros medios escritos. Eso es un arte”.

Para Iván Cienfuegos, hacer buenos títulos era una de las cualidades por las que destacaba Diozel Pérez: “Por su forma de ser tenía mucho bagaje popular y le salía fácil, no en vano fue director durante 25 años de *La Cuarta*. Eso no lo hace cualquiera”.

Jorge Babarovic, director de la Asociación Nacional de la Prensa (ANP), afirma que incluso quienes no compraban *La Cuarta* celebraban sus buenos titulares cuando se paraban frente a un kiosco: “No es fácil titular de esa manera, hay que tener una chispa muy particular”.

Jorge Salas recuerda la dinámica: “Diozel pasaba sección por sección pidiendo las carillas con los títulos principales y si algo le interesaba pedía más datos o la nota para leerla. De ahí se encerraba en su oficina unos pocos minutos, no más de 15, y mientras fumaba hacía la portada. Luego se iba directo adonde los diagramadores y todos partíamos para allá para ver qué se le había ocurrido”.

Algunos de los títulos que más se le recuerdan a Diozel en los primeros años fueron “¡Tiene hasta la cara de santo”, cuando el Papa Juan Pablo II llegó a Chile en abril de 1987, y “¡Mijita linda!”, cuando Cecilia Bolocco obtuvo el centro de Miss Universo en mayo de ese mismo año. Con posterioridad hubo otras *joyitas*, como “Le hizo el amor a un rodamiento” (1998), cuando un sujeto llegó hasta la Posta Central con una pieza de metal en *la guarifaifa* y debieron ir los bomberos para sacársela con una sierra de precisión; “¡Dios Mío!” (2001), para el atentado a las Torres Gemelas; “Ya no habrá luna de miel” (2004), cuando Iván Zamorano y Kenita Larraín suspendieron su matrimonio a último minuto, y “Feña y Nico son de oro” (2004), cuando los tenistas Fernando González y Nicolás Massú obtuvieron dos medallas de oro y una de bronce en los Juegos Olímpicos de Atenas 2004.

ANEXO: TÍTULOS DEL PERÍODO 1984-1990

**También cinco lucas para el vino
Se robaron 300 kilos
de carne para asado**

20 de diciembre de 1984

**PADRE VIO TRILLIZOS
Y APRETÓ CACHETE**

5 de enero de 1985

**Cirujano metía serrucho
como loco: Era loco**

12 de enero de 1985

Balance inicial: Más de 80 muertos

**¡ESPANTOSO
TERREMOTO!**

4 de marzo de 1985

**PINCHÓ CON UNA RUBIA Y AHORA
NO SE PUEDE SENTAR: ERA MACHO**

21 de junio de 1985

Eran de algodón con blonditas y encajes

**ABUELITA TRAÍA COCA
EN LOS MATAPASIONES**

6 de julio de 1985

Plaga de ratones es de campeonato

**Mate un guarén antes que
un guarén lo mate a usted**

7 de julio de 1985

Ministro Chinchón cuenta la papa

**Cierran las
puertas al Sida...
menos una**

30 de octubre de 1985

**Cuando canta
Ramón Farías,
a garzones les
da vergüenza
cobrar el trago**

3 de enero de 1986

**Asaltantes dejaron
pelado a Avatte**

15 de enero de 1986

**No viene Frank Sinatra,
pero actúa Pepe Tapia**

16 de enero de 1986

**Simulaban ser mormones para realizar sus choreos
“ENVIADOS DEL SEÑOR”
ROBABAN COMO DIABLOS**

17 de febrero de 1986

**Volcó Pachuco en
curva abusadora**

20 de marzo de 1986

**Pedro Messone piensa casarse
cuando se acaben las ufees**

27 de junio de 1986

**Lo ametrallaron junto al Parque del Recuerdo
ASESINADO
PERIODISTA**

10 de septiembre de 1986

**Se casó el Tony Caluga:
El tigre fue su testigo**

1 de octubre de 1986

**Le están dando tanto aliento a “El Tufo”
que va a llegar con manso dragón a Viña**

21 de diciembre de 1986

Vecinos y radios armaron tragedia conyugal

**RAQUEL: “ESTOY
VIVITA Y TOSTADA”**

18 de febrero de 1987

**Recorrieron 70
países en bicicleta:
Aquí se las robaron**

1 de marzo de 1987

A pacientes que se encontraban anestesiados

**ENFERMERO PONÍA
EXTRAÑA INYECCIÓN**

8 de marzo de 1987

Por tres clientes locos que se botaron a choros

**ASESINADO A BALAZOS EL
DUEÑO DE “PAILA MARINA”**

9 de marzo de 1987

Santiago dio su amor al Papa más taquillero de la historia

**¡TIENE HASTA LA
CARA DE SANTO!**

2 de abril de 1987

Por primera vez chilena gana certamen mundial de belleza

**¡MIJITA
LINDA!**

27 de mayo de 1987

Detenida fea muy empeñosa que se las daba de Doña Flor

**TENÍA DOS MARIDOS
PARA SU CONSUMO**

27 de diciembre de 1987

Tres hermanos lo encontraban poca cosa para la familia

**MATAN A CUÑADO
POR FEO Y RASCA**

28 de febrero de 1988

¡Así se empieza!

**Julio Iglesias y Roberto Carlos se
pegaron un gran beso en la boca**

19 de marzo de 1988

Les dio sueño y se tendieron en camino Linares-Colbún

**Dos curaditos encontraron
la carretera parejita para
dormir: Hoy los entierran**

17 de julio de 1988

Extraterrestre volado destruyó vidrios y quemó árboles en el sur

**“OVNI” MATÓ A
VACA LECHERA**

29 de agosto de 1988

Pinochet, gabinete y miembros de la Junta en La Moneda:

**GOBIERNO ACATA
TRIUNFO DEL “NO”**

6 de octubre de 1988

Manuel Contreras V. se dio a la fuga: Grave mayor (R) Molina

**HIJO DE GENERAL
BALEÓ A UN CNI**

1 de noviembre de 1988

Cabro chico o enano dirigió a rufianes en Barrio Estación

**ASALTO DE PELÍCULA
A SALÓN DE VIDEOS**

20 de noviembre de 1988

Extremistas robaron 10 millones en Banco del Estado

**AHORA ASALTAN
EN DEMOCRACIA**

11 de marzo de 1989

Dos galanes se batieron a muerte... y están muriéndose

**DUELO POR LA
ROSA SALVAJE**

25 de mayo de 1989

Salvaje brasileña hirió al meta con potente bengala

**HERIDO EL
“CÓNDOR”**

4 de septiembre de 1989

¿Cuánto pedirá Magaly Acevedo?

**Tatiana Merino le cobró 500
lucas al Festival de la Leche**

10 de noviembre de 1989

**Se puso camisa roja y lo
agarró un toro: Grave**

4 de julio de 1990

Finado le agarró la palanca de cambios en fiestoca

**MATÓ A TAXISTA
“MARCHA ATRÁS”**

15 de agosto de 1990

Incluso pololean hombres con mujeres

**PILLAN SAUNA
“TUTTI - SEX”**

21 de agosto de 1990

“No va más”, dijo, y se echó a volar con 70 millones

**EL MARTILLERO SE
ADJUDICÓ REMATE**

30 de agosto de 1990

Funcionario de inteligencia militar ganó apuesta

**CURADO SE TOMÓ
HASTA CONSULADO**

13 de diciembre de 1990

CONCLUSIONES

- *La Cuarta* fue un exitoso e innovador experimento editorial para su época, ya que estuvo hecho con gente que estaba destinada a ser despedida, logró consolidar un estilo y fue el diario con más circulación y lectoría del país durante muchos años.
- Pese a su estilo festivo, el diario jamás estuvo desvinculado de la realidad social y política de la época. Aun cuando sus portadas y títulos podían mostrar liviandad y humor, en sus páginas se podían encontrar las noticias más importantes que ocurrían en el país.
- Una de las características del diario en sus primeros años es que fue hecho con mucho espíritu de equipo, supliendo las limitaciones de infraestructura y personal con trabajo, dedicación y oficio. Un rol fundamental lo cumplieron los periodistas más antiguos, que fueron el soporte de su estilo.
- El diario capturó la atención y fidelidad de sus lectores básicamente por el uso de un lenguaje coloquial y cercano. Nadie fue indiferente a su estilo.
- Muchos aspectos de *La Cuarta* de los '80 hoy serían irreproducibles en medios formales, como las noticias policiales, el tratamiento a la mujer y la Bomba-4, que tuvo más vida de la que debió.
- El diario ocupó un nicho que estaba huérfano en la prensa nacional y que en los tiempos actuales volvió a quedar en esa condición tras el cambio editorial sufrido por *La Cuarta* durante el presente año.
- *La Cuarta* actual sólo conserva el nombre del diario nacido en 1984. Las diferencias de estilo y temáticas hacen que se vean como dos diarios totalmente distintos.

BIBLIOGRAFÍA

- Awad, Isabel y Soto, Guillermo (2001), *Popularidad de La Cuarta: La clave está en el lenguaje*. Santiago de Chile. Cuadernos de Información N° 14, Pontificia Universidad Católica de Chile.
- Contreras, Patricio (2012), *El adiós a Diozel Pérez, el hacedor de títulos*. Santiago de Chile. *Puroperiodismo.cl*, Escuela de Periodismo Universidad Alberto Hurtado.
- La Cuarta (1994), *Edición aniversario 10 años*.
- La Cuarta (2002), *Edición aniversario 18 años*.
- La Cuarta (2004), *Edición aniversario 20 años*.
- La Cuarta (2009), *Edición aniversario 25 años*.
- Lagos, Andrea (2006), *El dire POP*. Santiago de Chile. Revista *Paula*.
- Mouat, Francisco (2012), *Las Siete Vidas del Gato Gamboa*. Santiago de Chile: Lolita Editores.
- San Martín, Abelardo (2018), *Discurso de Incorporación a la Academia Chilena de la Lengua*.
- San Martín, Abelardo (2011), *Voces de origen lunfardo en el registro festivo del diario chileno La Cuarta*. Santiago de Chile. Revista *Onomázein* N° 23, Facultad de Letras Pontificia Universidad Católica de Chile.
- San Martín, Abelardo (2000), *Procedimientos de creación léxica en el registro festivo del diario chileno La Cuarta*. Santiago de Chile. *Boletín de Filología XXXVIII*, Universidad de Chile.
- San Martín, Abelardo (2009), *Influencia de lenguas indígenas en el registro festivo del diario chileno La Cuarta*. *Boletín de Filología XLIV*, Universidad de Chile.
- Santa Cruz A., Eduardo (2014), *Prensa y Sociedad en Chile, Siglo XX*. Santiago de Chile. Editorial Universitaria.

ENTREVISTAS

Babarovic, Jorge, director de la *Asociación Nacional de la Prensa, ANP* (5-11-2018).

Barra, Juan, primer jefe de Fotografía de *La Cuarta* (6-8-2018).

Chamorro, Jaime, ex editor de Crónica de *La Tercera* (7-10-2018).

Cienfuegos, Iván, ex director de *La Tercera* (6-9-2018).

Correa, María Elena Corea, primera periodista mujer de Crónica de *La Cuarta* (21-4-2018).

Espinosa, Claudio, ex periodista policial de *Clarín* y *La Cuarta* (28-4-2018).

Gamboa, Alberto, ex director de *Clarín* y fundador de *La Cuarta* (2-2-2018 y 17-3-2018).

Jimeno, Carlos, ex periodista deportivo de *Clarín* y *La Cuarta* (6-8-2018).

Leiva, Claudio, ex periodista de Crónica y editor de *La Cuarta* (21-5-2018).

Morales, Ariel, reportero gráfico y editor de Fotografía de *La Cuarta* (22-9-2018).

Salas, Jorge, ex periodista de *Clarín* y ex jefe de Deportes de *La Cuarta* (7-4-2018).

San Martín, Abelardo, lingüista, académico de la Facultad de Universidad de Chile y miembro de la Academia Chilena de la Lengua (7-9-2018).

Stade, Solange, primera reportera gráfica mujer de *La Cuarta* (12-5-2018).

